JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

El huerto de los rosales

ZARZUELA

EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

JOSÉ CABAS



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1919

EL HUERTO DE LOS ROSALES

EL HUERTO DE LOS ROSALES

ZARZUELA

EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS, EN PROSA

original de

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

música del maestro

JOSÉ CABAS

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el 5 de abril de 1919

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, M 551

1919

A Francisco Verdugo Landi,

MAESTRO DE PERIODISTAS.

Con el cariño, la gratitud y la admiración de su amigo y paisano,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TRINI LA GACHÍ	Rosario Leonís.
CONSUELO	Rafaela Leonís.
LA CANARIA	Salud Rodríguez.
SEÑÁ ROSA	Elisa Moreu.
DOÑA BRÍGIDA	Matilde Xatar.
CONCHITA LA CLAVELES	Rosario Revilla.
UNA CRIADA	Esperanza Muñoz.
PEPE	Carlos Rufart.
AGUSTÍN EL CANTINERO	Manuel Villa.
PAQUILLO EL DE LAS FLORES	Juan Frontera.
CRISTÓBAL	Francisco Gallego.
EL BODEGA	Joaquín Montero.
MOYATE	Luis Fischer.
EL BOTACO	Manuel Velasco.
EL CHATO	Santos Asensio.
EL FLEXIBLE	Carlos Román.
EL RUISEÑOR	José Segura.
EL SORDO	José Gutiérrez.
MATÍAS	José Galerón.

Bebedores, vendedores, transeuntes y coro general

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Interior de la taberna de Trini la Gachí, en el barrio de Capuchinos, de Málaga. En el centro del foro, la puerta de entrada, y a la derecha una ventana con reja; por la puerta y por la ventana se verá la calle, pintoresca y alegre. A la izquierda del foro seis u ocho barriles de vino con canillas para servir el líquido. Cada barril tendrá un letrero distinto; en uno dirá MANZANILLA PASADA; en otro, VINO DULCE; en otro, MONTILLA; en otro, MANAZANILLA OLOROSA; etc., etcétera. En la lateral izquierda el mostrador de la taberna, que será de madera, con cubierta de zinc; sobre el mostrador una gran cafetera dorada y multitud de vasos y bandejas. Detrás del mostrador, junto a la pared, una estantería con toda clase de botellas de vinos y licores. En primer término, a lo ancho del escenario, tres mesas de pino, sin pintar, circundadas por sillas de encas, y junto a la ventana, y repartidas por la escena, otras mesas iguales con sus sillas correspondientes. En el primer término izquierda una puerta y en el primer término derecha, otra. Ambas comunican con el interior del establecimiento; la de la izquierda, está cubierta por una cortina. Por las paredes carteles anunciadores de vinos y de corridas de toros, Luz eléctrica. Suelo de ladrillos rojos. Es de día y en el mes de Junio.

—

(Al levantarse el telón aparecen sentadas a la mesa de la izquierda, primer término, TRINI LA GACHÍ y DOÑA BRÍGIDA. MOYATE, el mozo de la taberna, está detrás del mostradorenjuagando los vasos. Trini la Gachí, es una hermosa mujer de treinta años, vistosa y llamativa. Viste de perçal y pañuelo de crespón al talle. Doña Brígida es una vieja celestina, criada y consejera de Trini la Gachí. Viste de percal oscuro. Moyate es un muchacho de veinte años, más listo que el hambre; está en mangas de camisa y con un mandil. En la calle canta su pregón PAQUILLO el de las flores.)

Música

Doña Brígida. (A Trini que está pensativa, con el brazo apoyado en la mesa y la cabeza en la palma de la mano.)

Anda y no caviles más.
No lo pienses más, mujé,
que las cosas que te digo
te las digo por tu bien.

—

Paquillo. (Dentro, en la calle.)

¡Ahí va er floraro!
¡Yevo lo mejorsito
del mundo entero!

Trini. (Levantándose alegre y yendo hacia la puerta del foro, donde se queda escuchando el pregón de Paquillo.)

¡Ahí viene mi Paco ya!
¡Er corasón se me ensancha
cuando le oigo de cantá!

Doña Brígida.

(¡Mardito, que le ha robao
er seso y la voluntá!)

Paquillo. Si quieres, niña, mis flores
tienes que salí
a la puerta de tu casa
para verme a mí.

Yo te daré mis rositas
de pitiminí,
yo te daré los claveles
que traigo pa ti.
¡Y si te pido un besito
me tiés que desí que sí!

(Aparece a la puerta de la taberna.)

Trini. ¡Ay, mi Paco!

Paquillo. ¡Mi Trini!

Trini. ¡Yegaste por fin!

Paquillo. ¡Por fin!
Si he tardao no me eches
la curpa tú a mí.

Trini. No te la echo a ti.
¡Tuno!

Paquillo. ¡Vida!
¡Mi serafín!

Moyate. ¡Arsa!

Doña Brígida. ¡Vamos!

Moyate. / **Doña Brígida.** ¡Que hay gente aquí!

Trini. ¡Pa ti tan solo quiero viví!

Paquillo. ¡Pa mí tan solo tiés que viví!

Moyate. / **Doña Brígida.** ¡Vamos, señores,
que hay gente aquí!

(Cesa la música.)

Hablado

(Paquillo el de las flores, entra en escena y deja sobre una de las mesas del foro el canasto de mimbre, entrelargo, que trae al brazo; dentro del canasto lleva diversidad de flores. Paquillo es feo y chato; viéndolo no se explica el enamoramiento de la Gachí. Paquillo viste pantalón de lanilla, guayabera de dril, sombrero ancho y pañuelillo de seda grana al cuello.)

Trini. (Sentándose con Paquillo a la mesa que está en el pri-

mer término de la derecha.) ¡Ya creí que no venías! Como dieron las cuatro...

Paquillo. ¿Dejá de verte a tí, que eres la alegría de mis ojos? ¡Ni lo sueñes, chiquiya!

Trini. ¿Qué vas a tomá?

Paquillo. Dame un chato.

Trini. ¡Moyate, un chato!

Moyate. (Desde el mostrador.) Va. (Llena un vasito con manzanilla de uno de los barriles, lo coloca en una bandeja y lo lleva a la mesa que ocupan Trini y Paquillo.)

Doña Brígida. (Mirando a Paquillo y refiriéndose a Trini.) (¿De qué se habrá enamorao esta mujé? Porque mirándolo despasio es un cangrejo. ¡Dónde va a ponerse con el otro!)

(El BOTACO se asoma a la puerta de la izquierda. Es un tipo rechoncho, muy flamenco. Representa unos cuarenta años.)

El Botaco. ¡Niño, otra boteya e mansaniya! (Se retira.)

Moyate. Va. (Se encamina hacia el mostrador, coge de la estantería una botella de manzanilla y desaparece con ella por la puerta de la izquierda.)

Paquillo. ¿Quiénes están ahí? (En el cuarto de la izquierda.)

Trini. Er Botaco, er Flexible y Conchita la Claveles.

Paquillo. ¡Toa la aristocrasia!

Trini. Dos horas yevan enserraos.

(Sale por la izquierda MOYATE, sin la botella que se llevó.)

Trini. Oye, Moyate; ¿cómo anda esa gente?

Moyate. Bien, menos er Flexible, que está hablando latín.

Trini. ¡Angela María!

Moyate. Ha doblao.

Trini. Como estudió pa cura, en cuanto trinca la tajá se le revuerven los humores y la emprende con er *Dóminus vobiscum.*

Doña Brígida. Con er *Dóminus vobiscum* y con tó lo que se le ponga por delante.

Trini. No les sirvas más aunque lo pidan.

Paquillo. ¡Mujé, tú vende lo que pueas!

Trini. ¡Cá, hombre, que luego arman la bronca y me desacreditan el establesimiento!

Paquillo. Como quieras. ¡Niño, ponme otro chato! ¡Tengo una sé! (Moyate recoge el vacío y sirve otro lleno.) ¿No ha venío por aquí tu maestro?

Trini. ¿Qué maestro?

Paquillo. Tu profesó de guitarra; ese potentao de Pepe Martínez.

Trini ¡Selosiyo! Pero, ¿qué te importa que venga o que no venga si tú sabes que yo no quiero a nadie más que a ti?

(Por el foro entra en escena LA CANARIA, muchacha del pueblo, cantadora de flamenco de baja estofa; viste de colorines llamativos como las gitanas y lleva un mantón de crespón negro liso, también de vivos colores.)

La Canaria. Ave María.

Trini. Dios te guarde, Canaria.

La Canaria. Y a ti, mujé. (A Paquillo, que en este momento apura el chato.) ¿Qué hay, Paquiyo? ¿Seguimos con las anginas? (Paquillo la mira.) ¡Como te veo enjuagándote la boca!

Paquillo. ¡Mucha letra menúa gastas tú!

La Canaria. (A Trini) ¿No ha venío er sordo?

Trini. ¿Tu novio? No ha venío. ¡Ahí dentro tienes a la Claveles.

La Canaria. ¿Está ahí Conchita?

Trini. Con er Flexible y con er Botaco hase ya tres horas.

La Canaria Estarán esperando a Pepe.

Trini. No sé.

La Canaria. Seguro. ¿Han bebío mucho?

Trini. Unos chatos en er mostradó y sinco boteyas en er cuarto.

La Canaria. No me digas más. Esperan a Pepe pa que pague.

Trini. Pero, ¿tan siego está ese hombre pa no vé que toa la gentusa que le rodea no va más que a sacarle er dineriyo que le tocó a la lotería?

Paquillo. ¿Qué va a vé si es más bruto que un serrojo?

Trini. ¡Paquiyo!

Paquillo. Er que nunca salió de pobre y de pronto se encuentra con sinco o seis mir duros se cree más que Larios, Trini.

La Canaria. ¡Y es una pena! Porque Pepe Martínez siempre fué un muchacho trabajadó y busca vida. Con er huertesiyo que le dejó su padre sacaba el hombre pa mantené su casa con horgura; pero desde punto y hora en que salió premiao con el gordo el 11.525, Pepe ya no fué lo que era. Comensó a reunirse con mala gente y a darle aire ar dinero y dentro de ná lo veremos que no va a tené ni qué ponerse.

Trini. ¡Lástima de hombre que sea tan loco!

La Canaria. ¡Y tan confiao!

Paquillo. Bastante, porque tiene de consejero y arministraó a Agustín er Cantinero, y ese punto le paga los favores que le debe hasiéndole la ruea a su mujé.

La Canaria. ¿A la mujé de Pepe? ¿Es posible?

Paquillo. ¡Y tan posible! Sólo que eya es honrá y güena, y el amigo no va a sacá de ese fregao sino lo que er negro der sermón.

Trini. No pongas la mano en er fuego por si acaso. ¡De las mujeres no hay que fiarse!

Paquillo. (Después de mirar hacia la calle.) Cayarse, que ahí vienen. Y juntos, como unos resién casaos.

Trini. ¿Quién?

Paquillo. Pepe y Agustín. Míralos.

(Trini vuelve la cabeza y, en efecto, por la puerta del foro, cogidos del brazo, hacen su entrada triunfal PEPE y AGUSTÍN EL CANTINERO; los dos son hombres de treinta a treinta y cinco años, pintureros y jacarandosos. Visten trajes de lanilla y sombreros anchos.)

Pepe. Güenas tardes.

Agustín. Salú.

Trini. Vengan ustés con Dios.

(La Canaria se levanta a saludar a los recién llegados y se sienta con ellos a la mesa del centro; en la de la derecha quedan solos Trini y Paquillo y en la de la izquierda está Doña Brígida desde hace un rato haciendo solitarios con una baraja que ha sacado del bolsillo del delantal.)

La Canaria. ¡Agustiniyo! ¡Pepe!

Pepe. ¿Dónde te metes, Canaria, que no se te ve er porvo?

La Canaria. En un faná me tiene mi novio.

Agustín. Argo habrá de eso.

La Canaria. No lo dudes.

Pepe. Doña Brígida, salú.

Doña Brígida. Dios te guarde, moso bueno.

Pepe. ¿Hasiendo solitarios?

Doña Brígida. Por no aburrirme.

Pepe. (A la Canaria.) ¡Bien, chiquiya! (Se sienta.)

Trini. Ahí dentro tiene usté a sus amigos, Pepe.

Pepe. Ahora entraré. Y muchas grasias, Trini.

Paquillo. (A Trini, en voz baja.) Tú, poca conversasión con ese hombre.

Trini. No empieses ya, Paquiyo, que no he hecho más que saludarlo.

Paquillo. ¡Por si acaso! ¡A vé si tenemos un disjusto!

Trini. Una está en un sitio público y no pué hasé siertas cosas.

Paquillo. ¿No verdá? ¡Pos como a mí se me ajume er pescao, voy un día a armá aquí una ensalá de tiros, y a arguno pué que le haga daño la ensalá!

Trini. ¡Güeno está! Habla bajo.

Paquillo. Hablo como quiero. ¡Niño, un chato!

Moyate. Va.

Pepe. Y otros aquí, Moyate.

Paquillo. ¡Er mío primero, que lo he pedío primero!

Trini. ¡Pero, hombre!

Pepe. Primero er der señó. ¡No te sofoques, Paquiyo!

Paquillo. ¡A mí, no! ¡Güeno!

Doña Brigida. (¡Qué animá! Ni sé cómo lo aguanta. Acabará por ahuyentá de aquí a tó er mundo. (Moyate sirve cuatro chatos, primero el de Paquillo y luego los pedidos por Pepe.)

Paquillo. (Bebiéndose el chato de un trago.) ¡A vé, Moyate! ¿Qué se debe?

Trini. (Asombrada.) ¿Qué dises?

Paquillo. ¡Como pensaba pagá, por eso mandaba!

Trini. ¡Pero, chiquiyo!...

Paquillo. ¡Tú, Moyate!...

Moyate. Mande usté.

Paquillo. ¿Qué se debe? (Trini le hace señas a Moyate de que no le cobre.)

Moyate. Ya lo pagará usté otro día.

Paquillo. ¡Que no! ¿Que qué se debe?

Trini. ¡Déjalo, hombre!

Paquillo. ¡Vamos!...

Doña Brígida. (Pero, ¿va a sacá dinero suyo? (Incorporándose para ver mejor.) ¿Qué burro se ha muerto?)

Moyate. Los .. ¿cuántos chatos ha tomao usté?

Paquillo. ¡Qué sé yo! Cuatro o sinco, no sé. ¡Cobra sinco!

Moyate. Pos sinco... una peseta.

Paquillo. Una peseta, ¿eh? sin banderiyas.

Moyate. Sin banderiyas.

Trini. ¡Que lo dejes, hombre!

Paquillo. ¡Que no! ¿Has dicho una peseta?

Moyate. Una peseta.

Paquillo. ¡Güeno! Dame tres. (Moyate se las da.) Una de propina pa ti.

Moyate. Muchas grasias. Pero, ¿y...?

Paquillo. ¡Te debo un duro!

Moyate. (¡Acabáramos! ¡Pos sí que he hecho un negocio!)

Paquillo. (A Trini.) ¡Y me voy por no comprometerme, pero cuidaíto con lo que se hase!

Trini. ¡Esquinao! ¡Selosiyo! ¡Qué mar genio gastas!

Doña Brígida. (Lo único que gasta er pobre: mar genio. Porque lo demás, tó lo tié de gorra.)

Paquillo. (A Trini.) ¡Tú acuérdate!

La Canaria. ¡Adiós, hombre!

Paquillo. ¡Adiós! ¡Y lo dicho, Trini!

Trini. Descuida.

Paquillo. (Coge el canasto con las flores y sale a la calle pregonando.) ¡Er florero! ¡Niñas, las flores! (Trini permanece en el umbral de la puerta hasta que desaparece Paquillo; luego vuelve a la escena.

Agustín. La verdá, Trini, que se nesesita sé la momia de Terué pa soportá a ese tipo.

Trini. ¡Ahí verá usté! Sarna con gusto...

Pepe. ¿No quié usté una copa, Trini?

Trini. No, muchas grasias.

Pepe. Y probarse esta sortija, ¿quiere usté? (Una que saca del bolsillo en un estuche. Doña Brigida se levanta para verla.)

Trini. ¿Una sortija?

Doña Brígida. ¡A vé! ¡A vé!

Trini. (Examinándola.) Es presiosa.

Doña Brígida. ¡Una alhaja!

Trini. Canaria, ¿la has visto?

La Canaria. ¿Pa qué? Como nunca las podré usá no me entusiasman esas cosas. En cambio, sarto por un clavé disiplinao y me perezco por una rosa granate.

Doña Brígida. ¡Bah! ¡Romantiquerías! Ar fin como hija de una portera.

La Canaria. ¡Sí; que usté se ha criao en er Palasio reá!

Pepe. Pruébesela usté, Trini.

Trini. No, hijo; que tan linda es que después de vérmela en la mano me va a dar mucha pena quitármela.

Pepe. Usté pruébesela.

Trini. (Poniéndosela.) Ya está.

Pepe. ¿Le gusta?

Trini. ¡Digo!

Pepe. ¿Y sería mucho pedí que se quedara usté con eya?

Trini. ¡Pepe!

Doña Brígida. ¡Qué va a sé! Un regalo ofende o no, según como se ofrese.

Trini. ¿Usté cree?...

Doña Brígida. Naturá.

Trini. (A Pepe.) Pos ya han hablao por mí.

Pepe. Grasias, Trini.

Trini. Las grasias a usté.

La Canaria. (¡Qué lagarta! ¡Sabe de aquí a China y vuerve sola!)

Pepe. (Levantándose.) Y un momento entro a ver a esos amigos. ¿Vienes, Agustín?

Agustín. Ahora iré.

Pepe. Sargo en seguía. (Vase por la izquierda.)

Doña Brígida. ¡Eso es un hombre! ¡Eso es un cabayero!

Agustín. Loco está por usté, Trini; así es la verdá.

Trini. Y yo se lo agradezco, pero en er corasón no manda nadie, Agustín.

Agustín. Ni er lo pretende.

La Canaria. (¡Pa er que lo crea!)

Agustín. En tó er día apenas si me habla de otra

cosa. Ya se lo he dicho: está por usté que no le farta más que tirá piedras por la caye.

Trini. (Riendo.) ¡Pobre hombre! (Mirándose l asortija y apartándose del grupo.) Es mu bonita la sortija.

La Canaria. (En voz baja a Agustín.) Con lo caro que está er papé, lo que es tú podías haserte rico.

Agustín. ¿Yo?

La Canaria. ¡A vé! Te pasas er día hasiendo papeles. Y... ¡vaya unos papeles! No hay como tené dinero.

Agustín. (Echándolo a broma.) ¡Mar pensá! Ven que te convide.

Doña Brígida. (En voz baja a Trini, mientras Agustín y la Canaria se beben unas copas junto al mostrador.) ¡Loca! ¿No me harás caso? Te pierdes la ocasión de hasé dinero, una ocasión como no se te vorverá a presentá otra en la vida.

Trini. Agüela, ¿qué sabe usté? Yo sigo mi marcha y ese hombre hará lo que a mi se me antoje.

Doña Brígida. ¡Ayá veremos!

Trini. Sin er simbé de Paquiyo, ¿me habría regalao esta sortija? ¡Déjeme usté, que aunque no tengo sus años, sé ya andar sola por er mundo!

Doña Brígida. Tú te lo dises tó.

Trini. (Sonriendo tristemente al conjuro de un pensamiento evocador.) ¡Si usté supiera!...

Doña Brígida. Si yo supiera, ¿qué?

Trini. Nunca se lo he contao a nadie y usté va a orvidarlo en cuanto lo oiga.

Doña Brígida. ¡Si vieras qué mala memoria tengo!...

Trini. ¡Hase ya unos años, ocho o diez, Consuelo y yo...

Doña Brígida. ¿Quién es Consuelo?

Trini. La mujé de Pepe Martínez.

Doña Brígida. ¡Ah, ya! Sigue.

Trini. Consuelo y yo vivíamos juntas en la misma casa de vesinos. Eramos amigas, muy amigas. Y yo te-

nía un novio—Juan Manué se llamaba—¡er moso más garrido de tó er barrio! Lo quería como jamás vorveré a querer a ningún hombre; tanto lo quería que le di cuanto me pidió. ¡Bastante lo he yorao! Pero Consuelo se propuso quitármelo y me lo quitó. Reñimos, como era naturá, y yo me fuí de aqueya casa pa que no se gosaran en mi tormento ni eya ni é; me fuí con er corasón hecho peasos, deseando encontrar arguna vé la ocasión de vengarme de la mujé que me robó lo que era mío, lo que a mí mejor que a nadie le pertenesía. Pasó er tiempo. Juan Manué fué a Meliya y ayí lo mataron. Cuando lo supe, me alegré, me alegré yorándolo. ¡Ya estábamos iguales! ¡Ni pa mí ni pa eya! Después Consuelo se casó con Pepe, y a mí la vida me yevó donde quiso; pero nunca le perdoné a la que fué mi amiga su mala arsión. Y hoy, que la casualidá ha puesto en mis manos la vengansa, ¿cree usté que voy a desaprovecharla? ¡No! Yo atraeré a Pepe, le haré sufrir, y cuando esté segura de robárselo a su mujé, cuando tenga la firmesa de que por conseguirme a mí ha de dejarla a eya, entonses yo me entregaré a Pepe, seré suya... ¡cuanto quiera! pero me habré vengao, me habré vengao a mi plaser. ¡Hombre por hombre! ¡Cariño por cariño! ¡Aquer que era mío, fué pa eya; éste que es suyo, será para mí! ¿Ve usté como sin nesesidá de sus consejos yo me yevo mi marcha, doña Brígida?

Doña Brígida. Me has dejao sentá.

Trini. Y ahora hágase usté cuenta de que tó lo que le he dicho, lo ha soñao. (Viendo que Pepe se acerca.) Silensio. Pepe yega.

(Sale PEPE por la izquierda.)

Pepe. Hombre, Agustín, entra tú a vé si logras despegarlos de la mesa, que los tres han hincao el pico y no hay quien los menee.

Agustín. ¿Cómo los tres? ¿Quienes son los tres?

Pepe. Er Botaco, er Flexible y la Claveles.

Agustín. ¡Ah! Pero, ¿está ahí Conchita? Entonses no entro.

La Canaria. ¡Eso es cariño!

Agustín. No entro, porque si ha cogío la tajá y me ve, no me suerta en toa la tarde.

Trini. ¡Paese que se va usté cansando de eya!

La Canaria. (Con intención.) Como ahora tiene entre manos argo de más importansia...

Agustín. ¿Qué estás disiendo?

La Canaria. Entraré yo a vé si los levanto. (Vase por la izquierda. Agustín permanece junto al mostrador.)

Agustín. (¡Esta Canaria!... ¿Si sabrá argo?)

Doña Brígida. (A Pepe, confidencialmente.) Ese es er camino, moso juncá, ese es er camino.

Pepe. ¿De veras?

Doña Brígida. Tú lo conseguirás tó.

Pepe. Eso hase farta.

Doña Brígida. Y pa los güenos ofisios de esta vieja, ¿no habrá una limosnita?

Pepe. ¿No la ha de habé? Vaya un duro.

Doña Brígida. (Tomándolo y guardándoselo.) Er Señó te lo pague, rumboso.

(Sale por la izquierda LA CANARIA.)

La Canaria. ¡Imposible! Están hechos tres marmotas.

Pepe. ¿No te lo dije?

Agustín. Lo mejó es dejarlos dormí y ya eyos se despertarán cuando quieran.

Trini. Estorbá, no estorban.

Pepe. Muchas grasias.

Agustín. (A Pepe.) ¡Güeno! ¿Tú te vas a quedá aquí?

Pepe. Un rato.

Agustín. ¿Largo o corto?

Pepe. No sé.

Agustín. Lo pregunto pa vorvé por ti o no.

Pepe. Vuerve si quieres.

Agustín. ¿Me esperas entonses?

Pepe. Te esperaré.

La Canaria. (A doña Brígida, en voz baja.) ¡Granuja! Va a conquistarle la mujé y quié tené tranquila la entrevista.

Doña Brígida. Hase bien. En este mundo cochino er que no se aprovecha es tonto.

La Canaria. No pensamos iguá.

Agustín. ¿Tú que hases, Canaria?

La Canaria. No sé, porque er Sordo ya cuando no ha venío, no víene. Me iré contigo hasta que tú me dejes.

Agustín. Pos anda. Hasta luego.

Pepe. Adiós, Agustín.

Trini. ¿Le digo a la Claveles que ha estao usté aquí?

Agustín. ¡No, por Dios! Me araña si se entera.

La Canaria. Hasta la noche.

Trini. Vé con Dios, mujé.

La Canaria. (A Agustín, en voz baja y con intención.) Vas ar Huerto e los Rosales, ¿no?

Agustín. ¿Qué estás hablando?

La Canaria. ¡Mala faenita pa un amigo, Agustín!

Agustín. ¡Caya! Pero, ¿quién te ha dicho?... (Salen por el foro.)

Pepe. ¿Y la guitarra, Trini?

Trini. Ahí dentro.

Pepe. Tiempo hase que no damos la lersión.

Trini. Es verdá. ¿Quié usté que ahora?...

Pepe. ¿Por qué no?

Trini. Moyate, saca la guitarra. (Moyate entra por la Derecha y sale a poco con una guitarra.) Ya ni me acordaré de la postura e los deos.

Pepe. Eso se recuerda pronto.

Moyate. (Saliendo con el instrumento y dándoselo á Pepe.) ¡La guitarra!

Pepe. (A Trini.) Usté lo verá.

Trini. ¡Pos a verlo! (Ella y él se sientan en el primer término. Doña Brígida y Moyate hablan al fondo de la taberna.)

Música

Pepe. Vamos a dar la lersión.
Trini. Por mí puede usté empesá.
Pepe. Hay que apretar er bordón
y hay que templá. (Lo hace)
(Uniendo la acción a la palabra.)
Con un deo la prima sujeta
con mucho cuidao
se hace un punteao;
y después que acaba la farseta,
ya más confiao,
viene er rasgueao.
Trini. No hay en el mundo
naíta que varga
lo que en sus manos
una guitarra.
Pepe. Pero mi gusto sería
sabé cantá como usté
tarantas y bulerías,
martinetes...
Trini. ¿Y pa qué?
Si yo sufro cuando canto;
y si no lo va usté a vé.
¿Qué tienen tus ojos negros
que te briyan en la cara
como estreyitas der sielo?
¿Qué tienen, di?
¿Por qué sin verme me miras?
¿Por qué cuando yo suspiro
siempre tú también suspiras?
¡Dímelo a mí!
Teniendo tú buenas arsiones
te ves en la carse
como los ladrones.

¡Y me da pena
que por mi causa
sufras condena!
¡Ay!
Yo bien quisiera,
niño del arma,
que mi cariño
te consolara.
¡No te creas, negro,
que yo me alegro!
¡Ay mi chiquiyo,
serraniyo,
qué pena
la que he llevao
ar sabé que ar presiyo
de Cartagena
vas condenao!
¡Vas condenao
por haberme querío,
por haberme librao
del atrevío
que me ha ultrajao!

Pepe. (Entusiasmado.)
¡Na hay en er mundo
quien cante iguá!

Trini. ¡Uy, qué manera
de ersagerá!

Pepe. Yo lo aseguro
porque es verdá.

Trini. Es que en mi tierra
toas las mujeres,
desde que nacen saben cantá.

Pepe. ¡Olé!

Trini. ¡Qué sí!

Pepe. ¡Verdá!

(Cesa la música.)

Hablado

Pepe. (Levantándose.) ¡Lo que yo daría por cantá como usté!

Trini. De sobra sabe usté que no lo yama Dios por er camino der cante.

Pepe. ¿Que no me yama?

Trini. Y si lo yama es pa desirle que lo deje. Su fuerte está en lo otro, en er toque. Con la guitarra en la mano no hay quien le tosa.

Pepe. Usté ha debío sé consejá, Trinita.

Trini. ¿Por qué?

Pepe. (Pavoneándose.) Porque halaga las pasiones der pueblo. Grasias por las flores.

Trini. (Riéndose.) (¡Qué fantoche es!)

Pepe. (Yendo hacia Trini y mirándola amorosamente.) ¡Trini!

Trini. ¡Pepe! (Pausa, en la cual se miran los dos.)

Pepe. ¡Qué mala es usté pa mí!

Trini. ¿Yo? ¿Y por qué soy yo mala?

Pepe. Porque se gosa usté hasiéndome sufrí.

Trini. (Riéndose.) ¡Qué tontería!

Pepe. No se ría usté.

Trini. ¡Sí que la cosa es pa tomarlo en serio! Un hombre casao, si mira a una mujé que no es la suya, no va con otra intensión que la de pasá er rato. ¿Es mentira?

Pepe. En este caso, sí.

Trini. Es desí, que sería usté capaz de dejá su mujé y su casa por conseguí mi cariño.

Pepe. ¡Sería capaz de tó!

Trini. ¡A mucho se compromete usté!

Pepe. Y lo juro si hase farta.

Trini. Hase farta.

Pepe. ¡Pos jurao!

Trini. ¡No se vuerva usté atrás, si yega er caso, Pepe!

Pepe. ¡Trini, no me haga usté soñá con la gloria pa despertarme en el infierno!

Trini. (Dándole una palmada cariñosa en la mejilla,) ¡Tonto!

Doña Brígida. (Que no ha dejado de observarles, les sisea.) ¡Niños! ¡Niños! ¿Por qué no os vais adentro, que aquí pasa gente y os ve y luego tó se vuerven habliyas y murmurasiones?

Pepe. ¡Tiene rasón doña Brígida!

Doña Brígida. Ahí dentro os tomáis una boteyita e mansaniya mano a mano, y unas lasquitas de jamón y unas aseitunitas, y pasáis la tarde tan ricamente.

Pepe. ¡Es tó un programa, sí señó! ¿No le parese a usté, Trini?

Trini. Por mí... ¡Con tan güena compañía estoy bien en cuarquier parte!

Pepe. Grasias, mujé.

Doña Brígida. (Que no pierde ocasión.) ¿Ha estao usté en er toque?

Moyate. (¡Lo que puede un aniyo regalao a tiempo!)

Pepe. ¡Ya lo sabes, Moyate! Sírvenos lo que ha dicho aquí Doña Brígida.

Moyate. Al instante. (Prepara el servicio.)

Pepe. (Cogiendo la guitarra.) Me yevo la guitarra pa darle a usté ahí dentro el úrtimo repaso.

Moyate. (¡Pos ya sé que no pueo entrá sin pedí permiso!)

(Por el foro entran EL BODEGA y EL CHATO. Este se sienta a la mesa de la derecha, primer término, y El Bodega saluda a Pepe. Ambos son hombres de cincuenta y tantos años. Tipos del pueblo.)

El Bodega. ¡Caramba, Pepe!

Pepe. ¡Señó Juan!

El Bodega. ¿Cómo va ese való?

Pepe. Bien.

El Bodega. ¿Los negosios?...

Pepe. Marchando.

El Bodega. Sé que te tocó la lotería.

Pepe. Tiramos un peyizquiyo a la for una.

El Bodega. Me alegro. ¿Y tu gente? Tu mujé, tu suegra...

Pepe. Tos güenos.

El Bodega. Hase un siglo que no voy por er huerto.

Pepe. Es verdá.

El Bodega. Pero un día iré.

Pepe. Cuando usté quiera.

El Bodega. (Invitándole a sentarse con él.) ¿Un chatito?

Pepe. Se agradese.

(El Bodega se sienta con El Chato. Moyate se acerca a preguntarles lo que van a tomar.)

Trini. (A Pepe.) ¿Quién es?

Pepe. Er Bodega, un amigo de casa. (A un movimiento de indecisión de Trini.) No hay cuidao. Entre usté sin miedo. (Vase por la derecha.)

Moyate. ¿Qué va a sé?

El Chato. Unos boqueronsitos y dos cañas de servesa.

El Bodega. ¿Servesa, compadre?

El Chato. No bebo otra cosa.

El Bodega. ¿Que no bebe usté mansaniya?

El Chato. Arguna vez y poca; dos o tres chatitos pa no marearme. Yo siempre estoy fresco. Los borrachos me repurnan.

El Bodega. Pos yo bebo hasta perdé er sentío. (A Moyate.) Pa mí mansaniya. (Moyate se dirige al mostrador.) De la servesa digo lo que aquer der cuento.—¿Qué le dieron a Cristo cuando estaba en la crú?—Hiel y vinagre.—¡Pos si le dan servesa!...

Trini. (A Doña Brígida.) Cuidao con tó. Y si vuerve Paquiyo, avíseme usté.

Doña Brígida. Descuida. Y aprovecha er tiempo, que es lástima que lo que está pa tí se lo yeven otros.

Trini. Ya le he dicho a usté que no se lo yevarán. (Vase por la derecha.)

Doña Brigida. (Sentenciosamente.) ¡Sus años y su cara! A estas horas ese mosito no tendría camisa que ponerse.

(Moyate sirve al Bodega y al Chato. Luego coloca en una bandeja lo que ha pedido Pepe y se marcha con ello por la derecha.)

El Chato. ¡Er vino es un asco! ¡Er vino degrada!

El Bodega. Según como sea er vino, compadre. Aparte de que si yo bebo, compadre de mi arma, es pa no recordá que estoy casao con mi mujé.

El Chato. ¿Tan mar se porta la comadre?

El Bodega. ¡No quiea usté sabé! Me ha tocao en suerte er regú de lo malo... Porque en er mundo hay mujeres de toas clases: mandonas, chismosas, de cabayería... pero una mujer anarquista y petrolera, como la que tengo yo en mi casa, no se encuentra así tan fásirmente.

El Chato. ¿Petrolera?

El Bodega. Petrolera... y borcheviquista.

El Chato. ¡Anda con esa!

El Bodega. ¡Con desirle a usté que me ha establesío en mi propia casa un sovié, que es la risión der barrio!

El Chato. ¿Un sovié, compadre?

El Bodega. ¡Un sovié! Como er novio de la chica es sargento y er novio de la mayó es obrero der tren, ¡pos cátate er sovié de obreros y sordaos bajo la presidensia de mi esposa, que se hase yamá la Melenita! Y le digo a usté, compadre, que se me pasan unas ganas de agarrarla de la melenita y arrastrarla por el patio que... ¿pa qué?

El Chato. Lo creo.

El Bodega. Por no poder resistirla, más de dos veses he estao en er puerto con dos piedras gordas en los borsiyos pa tirarme ar má de cabesa.

El Chato. Y no lo ha hecho usté por miedo al agua.

El Bodega. ¡La fija! Ya ve usté; yo soy hombre que me pongo corchos pa lavarme la cara... Pero mi mujé

acabará por obligarme ar suisidio. Usté no sabe, compadre, lo que es está oyendo hablá to er día de la sivilisasión y der derecho y de las nuevas ideas y que yegue la noche y tenerse que acostá con er presidente der sovié, que es como acostarse con un tomo de «La revolusión fransesa». (Afligiéndose.) ¡Por eso bebo! ¡Pa orvidá mis penas! ¡Pa podé dormir tranquilo! ¡Pa haserme la ilusión de que la que me da patás, si ronco arto, es mi mujé y no Kroporkine, compadre! ¡Por eso bebo!

El Chato. ¡Pos beba usté, compadre, y no se aflija!

(Dentro, hacia la izquierda, se oye la voz borrosa del BOTACO.)

El Botaco. (Dentro.) ¡Sin arrempujá, ¿eh? sin arrempujá!

Doña Brígida. (Aterrada.) ¡Várgame er Señó! ¡Ya despertaron!

El Botaco. (Dentro.) ¡He dicho sin arrempujá! (Sale a escena como despedido por un cañón. Le siguen EL FLEXIBLE y CONCHITA LA CLAVELES. Los tres están borrachos. El Flexible es un mocito achulado y la Clave es una cantadora del tipo de la Canaria.) ¡Servidó!

Doña Brígida. ¡Güen tajón yeva ensima!

El Botaco. Er mundo da la güerta. Er perro da la güerta. Si ar der mostradó le doy un duro pa que cobre un chato... er der mostradó da la güerta. ¡Tó da la güerta! ¡Pensamiento!

El Flexible. (Entonándose.) ¡Y ay!... ¡Y ayayayayay!...

Conchita. ¡Bien!

El Flexible. (En una salida de malagueñas y dando un gallo.) ¡Un palomo! Se me ha subío er palomo mú arto.

El Botaco. ¡Pos córtale las alas, gachó, pa que no vuele!

Conchita. Oiga usté, Doña Brígida: ¿no ha venío er Cantinero?

Doña Brígida. Ahí dentro ha estao la Canaria yamándote dos horas para desírtelo.

Conchita. ¿Y se ha marchao?

Doña Brígida. ¡Tú verás!

Conchita. ¡Ay, malos mengues se lo coman, ladrón!

El Botaco. Er punto en la media... y er cochero en er punto. ¡Pensamiento! ¡Viva er pensamiento!

(Sale MOYATE por la derecha sin el servicio que se llevó.)

El Chato. Vámonos, compadre, que empiesan a salí borrachos y a mí la sola presensia de un borracho me saca de quisio.

El Bodega. ¿Y usté es andalú? ¿Y vive usté en Andalusía?

El Chato. No pueo con los borrachos.

El Bodega. Pos, compadre, váyase usté a viví a Ingalaterra, que ayí no beben más que té.

El Chato. (Dando dos palmadas a las que acude Moyate.) ¿Qué se debe?

Moyate. Una cuarenta.

El Bodega. Deje usté que yo pague.

El Chato. ¡Ca, hombre! Le he convidao yo a usté. (Le da unas monedas a Moyate.)

Moyate. Grasias.

El Bodega. ¿De mo, que según eso, usté no se ha emborrachao nunca?

El Chato. Nunca; yo estoy siempre fresco.

El Bodega. ¡Camará! ¡Quién pudiera desir lo mismo! Porque yo, pa está siempre fresco, era presiso que me metieran en un termo a las siete e la mañana, que es cuando me levanto.

El Chato. ¡Este compadre!... (Salen por el foro.)

El Bodega. ¡A vé, niño! Tres chatos pa tres chatos.

Moyate. ¡Narises! Se ha acabao la bebía.

El Botaco. ¿Quién lo ha dicho?

Moyate. Er gobierno.

El Botaco. ¡No me asustes Moyate de mi arma. ¿Han tasao er vino?

Moyate. Lo han tasao.

El Botaco. ¡Er Señó me ampare! ¿Habéis oído, compañeros?

El Flexible. ¿Qué pasa?

El Botaco. ¡Que no hay vino!

El Flexible. ¿Que no hay vino?

Conchita. ¿Y por qué no hay vino?

El Botaco. Por la farta de agua debe sé. ¡Como no yueve!

El Flexible. (Cantando.)

¡Que yueva! ¡Que yueva!

Moyate. ¡A cayá! ¡Poquitas voses! ¡Pa gritá se van ustés a la caye!

El Botaco. No te enfades, Moyate. ¡Camará, qué genio vas echando!

El Flexible. (Con voz apagada.)

¡Que yueva! ¡Que yueva!...

Moyate. ¿Es chunga?

El Flexible. (Al Botaco.) Dile que sí.

El Botaco. (Sacando un papel y un lapiz.) Se lo pondré por escrito pa que no regañe. (Escribe.)

(Por la puerta del foro entra PAQUILLO el de las flores.)

Paquillo. ¡Salú!

Doña Brígida. (Al verlo.) (¡Virgen! ¡Paquiyo!)

Paquillo. (A doña Brígida.) ¿Y Trini?

Doña Brígida. (Titubeando.) A en cá e la modista me dijo que iba. Por sierto que no me encargó más que si venías fueras ayí a buscarla!

Paquillo. Está bien. (Dirigiéndose al mostrador.) Moyate, ponme un chato.

El Botaco. Se ha acabao er vino, Paquiyo. Siento darte la notisia.

Paquillo. Pa los borrachos como ustés pué que se haya acabao. Pa mí, no. ¡Pónme un chato, Moyate!

Moyate. Va. (Se lo sirve.)

El Botaco. Compañeros, ¿habéis orservao qué injustisia?

Paquillo. Y dale otro a estos tres amigos.
Moyate. Pero...
Paquillo. ¡Yo convido y yo respondo!
Moyate. ¡Güeno va! (Sirve las copas.)
El Botaco. Compañeros... ¡Viva Paquiyo!
El Flexible. ¡Viva!
Conchita. ¡Viva!
El Botaco. ¡El es nuestro hombre! ¡Por ér nos dan er vino! ¡No hay que separarse de é! ¡Morí, antes que dejarlo!
El Flexible. ¡Bien dicho! *¡Morituri te salutam!* (Los tres beben y rodean a Paquillo acariciándolo y haciéndole zalemas.)
Conchita. ¡Viva Paquiyo!
El Botaco. ¡Viva!
El Flexible. ¡Viva!
Paquillo. Grasias, amigos, muchas grasias. (Corta el entusiasmo la clara voz de TRINI LA GACHI, que dentro, con acompañamiento de guitarra canta una copla. Doña Brígida quisiera que la tragase la tierra. A Paquillo se le muda el color.)

Música

Trini. (Dentro cantando.)
¡Qué ganitas tengo yo
de que en un mismo cuartito
durmamos juntos los dos!

Doña Brígida. (¡Jesús!)
Moyate. (¡Asúca!)
Paquillo. (Enfurecido.) ¿Es Trini quien canta?
El Botaco. ¡La Trini es!
El Flexible. ¡Güena voz la de esa gachí!
Conchita. ¡Es el ama!
Paquillo. (A doña Brígida.) ¿No me había usté dicho que estaba en la caye?
Doña Brígida. (Suplicante.) ¡Paquiyo!

Paquillo. ¿Quién está con eya, quién está? Ar que sea le he de partí er corasón. ¡Es Pepe!

Doña Brígida. ¡Paquiyo, por tu madre!

El Botaco. ¡Compañeros, que si se nos va no hay más vino!

El Flexible. ¡Por tu salú, Paco!

Conchita. ¡Paquiyo, no te vayas!

El Botaco. ¡Paco, que er chato es sagrao!

El Flexible. ¡Quieto aquí!

Paquillo. (Desesperado.) ¡Sortarme! ¡Mardito sea er veneno! ¡Sortarme! (El Botaco, el Flexible y Conchita la Claveles se agarran a Paco y no lo dejan marchar. Paquillo forcejea por apartarlos sin conseguirlo. Doña Brigida, desde el foro, completa la escena con los ojos muy abiertos, como los mochuelos.—Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Un huerto malagueño. Puerta de entrada al foro, abierta en una verja de madera, pintada de color verde; la verja está levantada sobre un pequeño muro de mampostería y materialmente cubierta por campanillas azules. Forillo de calle. Cerca de la puerta de entrada, la garita del perro. A la derecha, la casa de la gente del huerto, que es de un solo piso, con tejadillo en declive, y puerta practicable. Delante de la casa una mesa de pino, sin pintar, y dos o tres sillas de enea. Á la izquierda, árboles frutales y cuadros de flores. Cubriéndolo todo el cielo azul. Es de día.

—

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco entra por el foro CONSUELO, con un mantón de crespón negro liso; llega inquieta, temerosa, volviendo la cabeza hacia atrás, como si alguien la siguiera. Consuelo es una mujer de veintiocho años, bonita y simpática.)

Consuelo. (Ya dentro del huerto.) ¡Grasias a Dios que estoy aquí! Ese mardito hombre... ¡Si mi Pepe se enterara!... Pero, ¿qué hago, Padre mío? Si por más que le insurto, si por más que le despresio, siempre me sigue y me asedia... (A la puerta del foro aparece AGUSTIN el Cantinero.) ¡El!

Agustín. (Entrando.) ¡Consuelo!

Consuelo. ¿Qué vienes a buscar aquí, mal hombre?

Agustín. ¡Tu cariño, que no pueo vivir sin é!

Consuelo. ¡Mi cariño no has de tenerlo nunca!

Agustín. Escucha.

Consuelo. No quiero oirte. ¡Vete, ladrón!

Música

Agustín. ¡Óyeme, paloma blanca!

Consuelo. ¡Vete, mardito y no vuervas!

Agustín. ¡Óyeme, capuyo e rosa!

Consuelo. ¡Vete, canaya! ¿Qué esperas?
Agustín. ¡Óyeme, por Dios, Consuelo!
Consuelo. ¡Quítate de mi presensia!
Agustín. (Con ímpetu salvaje.)
Mariposa de colores.
¡me tiés que oir a la fuersa!
Consuelo. ¡Vete! ¡Que yamo!
Agustín. ¡Nunca te atrevas!
Consuelo. ¿Te vas?
Agustín. ¡Escucha!
Consuelo. ¿Te vas?
Agustín. ¡Espera!
Tu cariño es una espina
que en mi pecho se clavó.
¡Si tus manos no me sarvan
yo voy a morirme de dolor!
Consuelo. No me importa, bien lo sabes,
ni la espina ni er dolor.
Si estás malo, ponte en cura
y que vaya a verte un buen doctor.
Agustín. ¿Burlas, morena?
Consuelo. ¡Verdaes, moreno!
Agustín. ¿Quieres?...
Consuelo. ¡Yo, nunca!
Agustín. ¿Quieres?
Consuelo. ¡No quiero!
Agustín. Pa ti tengo yo un cortijo
como una tasa de plata,
pa ti tengo una calesa
con dos yeguas alasanas.
Consuelo. ¡Yo no quiero tu cortijo,
ni tus yeguas alasanas!
¡Guárdate toas esas cosas
para quien pueda asertarlas!
Agustín. ¡To es pa ti!
¡Tuyo es!

Consuelo. ¡Muchas grasias
por tu esplendidez!

Agustín. ¡Varita de nardos!
¡Carita de só!
¡Apiádate un poco
de mi corasón!

Consuelo. ¡No finjas cariño,
ni mientas pasión!

Agustín. ¡Serás tú la causa
de mi perdisión!

Consuelo. (¡Ay Virgen mía,
cuánto dolor!
¡Pa qué se empeña,
pa qué porfía
si aunque me mate
no ha de arcansá mi amor!
¡Ay, madre mía,
cuánto martirio!)

Agustín. ¡Oyeme! ¡Ven a mí!

Consuelo. (¡Qué triste vía!
¡Nadie se apiada
de mi sufrir!
¡Cuánta penita!
¡Pobre de mí!)

—

Agustín. ¡Apiádate un poco
de mi corasón

Consuelo. ¡No finjas cariño,
ni mientas pasión!

Agustín. ¡Me niegas, Consuelo,
la felisidá!

Consuelo. ¡No vuervas a verme
jamás! ¡Vete ya!

Agustín. ¡Te juro
que te has de acordá!

(Cesa la música.)

Hablado

Agustín. (Suplicante) ¡Consuelo!

Consuelo. ¡Que te vayas, te digo!

Agustín. ¡Está bien, golondrina! Me echas y yo me voy, pero yo te juro que tarde o temprano serás mía.

Consuelo. ¡Nunca!

Agustín. ¡Ar tiempo! ¡Pobresita fló, sin jardinero que la cuide! ¿Querrás morirte solita en tu tayo?

Consuelo. ¡Vete, mala sangre! No me mortifiques más con tus palabras traisioneras. Si yo sufro, si yo me muero, si mi jardinero, como dises, se orvía de mí, a nadie debe importarle. ¡Y oye una cosa, Agustín! Nunca por mí han pasao malas ideas porque honrá nasí y honrá tengo que ser hasta que Dios disponga de mí vía, pero si en una malita hora yo cayese, sería de tós antes que tuya.

Agustín. ¿Mía no?

Consuelo. ¡Tuya, nunca! ¡Me das asco! (Y escupiéndole la frase al rostro hace mutis por la puerta de la casa.)

Agustín. (Viéndola marchar.) ¡Está bien, amapola der trigo! ¿Conque asco? (Encaminándose hacia el foro) ¡La fló más bonita der huerto e los rosales me la he de poné yo en la solapa. ¡Ar tiempo! (Antes de que Agustín salga, entra PEPE en el huerto, pálido y demudado.)

Pepe. ¡Agustín!

Agustín. ¡Pepe!

Pepe. ¿Qué hases tú aquí? ¡Me alegro de encontrarte.

Agustín. Pos na; que pasaba y me dije: vi a entrá saludá á esta familia. Pero, ¿y tú? ¿Cómo no me has esperao en la taberna?

Pepe. ¡Caya, hombre! Porque se ha armao la de Dios es Cristo!

Agustín. ¿Qué me cuentas?

Pepe. La Trini que, sin mala intensión, pués creerme, se metió conmigo en un reservao y de pronto Paquiyo que se presenta y la oye de cantá y quiere entrá en er cuarto donde estábamos y... ¡Güeno! Yo he salío por piés, pero ayí se ha quedao Paquiyo jurando y perjurando que en donde me coja me da un tiro.

Agustín. ¿Y tú te lo has creído?

Pepe. ¡Hombre! Er se ha puesto de una conformidá como yo no lo he visto nunca.

Agustín. ¡Pamemas!

Pepe. ¿Por qué no te yegas tú a vé en qué ha quedao la cosa y vienes aquí y me lo cuentas?

Agustín. Ar momento; que ya sabes que en servirte tengo yo la mar de gusto.

Pepe. Grasias, hombre. Pos anda, que aquí te espero.

Agustín. Hasta ahora. (Sale por el foro.)

Pepe. ¡Mardita sea mi suerte! ¿Será capaz ese granuja?... Por sí o por no... (A CRISTOBAL, el mozo del huerto, que sale por la derecha, a espaldas de la casa, y se encamina hacia la izquierda. Crístóbal es un zagalón de veinte años, tostado del sol. Viene en mangas de camisa, sin sombrero y cargado con una espuerta de tierra.) Oye, Cristóbal.

Cristóbal. (Con voz ronca.) Mande usté, mi amo.

Pepe. Si Paquiyo er florero viene aquí, como toas las tardes, y pregunta por mí, dile que no estoy, que me he ido. ¿Entiendes?

Cristóbal. Está bien, mi amo. (Vase por la izquierda.)

Pepe. Así, quien quita la ocasión... ¡Como bruto, si es bruto! Y si le da por cumplir su palabra.... ¡Mardita sea mi suerte!. . (Un momento antes de que Pepe termine su breve monólogo sale CONSUELO de la casa. Viste un traje de percal de tonos claros y pañuelo de crespón al talle. Al ver a su marido que está hablando solo se queda observándolo.)

Consuelo. ¡Mala cosa! ¿Empiezas ya a hablar solo? ¡Mala cosa!

Pepe. ¡Consueliyo! ¿Pero estabas ahí? Pensaba en mis negosios.

Consuelo. ¡Marditos negosios, que van a traernos la ruina y que te alejan de mi lao! ¿Dónde has pasao er día?

Pepe. Trajinando, ¿no lo sabes? Que tenemos en trato la venta e unos potros.

Consuelo. Acabarás por perdé er dinero y la cabesa. ¿Y quieres que esté contenta y que no reniegue der premio mayó? ¿Así se hubiera quedao en er bombo!

Pepe. (Abrazándola.) ¡Consueliyo!

Consuelo. (Dejándose abrazar complacida, pero protestando de labios afuera.) ¡Vamos, déjame, que me tienes más negra que er betún! (Por la puerta de la casa sale la SEÑÁ ROSA, mujer sesentona, de amplio bigote, duras facciones y gesto de vinagre. Es madre de Consuelo. Al ver abrazado al matrimonio se le revuelve la bilis. Víste de oscuro y delantal.)

Señá Rosa ¡Um!... ¿Estamos ya con er finá de la guerra carlista? ¡Suértala, Espartero! ¡Menos abrasos y más vergüensa!

Consuelo. ¡Madre!

Pepe. Tó eso es envidia, señá Rosa. (¡También fué humó er der padrino; ponerle Rosa a esta mujé que es un cardo!)

Señá Rosa. ¿Envidia? Si viviera mi pobresito Juan Antonio ya me abrasaría, ya...

Pepe. ¡Sería con escafandra!

Señá Rosa. ¡Grosero!

Consuelo. (Conciliadora.) ¡Güeno! No vayamos a empesá ya la guerra.

Señá Rosa. ¿Por mí? ¡Que tenga más educasión tu marido!

Pepe. ¡A mí me sobra educasión, señora!

Señá Rosa. Pos no se te ve.

Pepe. ¡Pos me sobra!

Señá Rosa. ¡Pos no se te ve!

Consuelo. ¡Ea! ¡A cayarse los dos! Tú, anda pa dentro. Y usté, madre, haga er favó...

Señá Rosa. Sí, hija, sí; si ya sé que las de perdé me han de tocá a mí siempre. ¡Como él es amo! ¡Sí, sí! ¡El amo! ¡Se me yena la boca. ¡El amo! ¡El amo!

Pepe. ¿Ves tú? ¿No hay pa matarla?

Consuelo. Anda, déjala. Piensa que tiene muchos años.

Pepe. ¡Pos que se muera!

Consuelo. (Llevándose a su marido dentro de la casa.) ¡Anda ya! (Desaparecen los dos.)

Señá Rosa. ¡Muérete, tú, ladrón; presumío, pimpi! ¡Ay, a mí me va a dar argo, a mí me va a dar argo!

(Sale CRISTOBAL por la izquierda.)

Cristóbal. ¿Qué le pasa a usté, señá Rosa?

Señá Rosa. ¡Ese granuja de mi yerno, que me va a quitá der mundo!

Cristóbal. ¿Pepe?

Señá Rosa. ¡Pepe, que por yamarse Pepe he dejao de resarle a San José en mis orasiones! ¡Ay, qué bicho! ¡Ay, qué Juas!

Cristóbal. ¿Ha habío gresca?

Señá Rosa. ¿Y cuándo no es Pascua? (Pausa corta.) ¿Has regao los cuadros?

Cristóbal. ¡Sí, señora!

Señá Rosa. ¿Qué tienes en ese carriyo?

Cristóbal. La úrtima gofetá, que ha sío con premio.

Señá Rosa. ¿Cómo con premio?

Cristóbal. Porque además de la gofetá, me han puesto este ojo que... ¡Mire usté! ¡Menúo susto ha yevao la niña!

Señá Rosa. ¿Qué niña?

Cristóbal. La niña del ojo, que como es una criatura no está acostumbrá a esos gorpes.

Señá Rosa. ¡Y no escarmentarás! Tó habrá sío por tu manía de abrasá a las mujeres.

Cristóbal. ¡Claro que sí! Pero esto mío es una enfermedá nerviosa. ¡Bastantes disgustos me cuesta! Ver yo a una mujé y no abrasarla es más difísir que dormí sin sueño. Y no lo pueo remediá. Se me van los brasos...

Señá Rosa. Y a eyas se les van las manos, por lo visto.

Cristóbal. ¡Y que hay que vé a dónde se les van; que un día me lisian! La de hoy ha sío la demandadera der convento de ar lao...

Señá Rosa. ¿Una monja, chiquiyo?

Cristóbal. ¡Que esta enfermedá mía no respeta ni ar clero!

Señá Rosa. Y la ronquera que tienes, ¿es también de lo mismo?

Cristóbal. No, señora; la ronquera es que acabaré perdiendo la campaniya si er perro no parese. ¿No ve usté que el amo me ha mandao que mientras no haya perro me pase la noche ahí ladrándole a tó er que cruse por la caye? Y como la noche ha sío de verbena, pos me la he pasao en un ladrío contino.

Señá Rosa. ¡Inconvenientes de sabé ladrá!

Cristóbal. Y que lo debo hasé a la perfesión, porque ya de madrugá se me ha plantao en la puerta un chucho que ni pa Dios se iba. Y venga ladrá er chucho y venga ladrá yo... Totar, que no he pegao un ojo. Ahora lo que me tiene a mí intrigao es sabé si mi ladrío es de perro o de perra. (Ladrando.) ¡Guá! ¡Guá!... ¿Usté qué cree?

Señá Rosa. ¡Anda y que te maten! (Vase por la izquierda.)

(Por el foro entra una CRIADA, mujer guapa y bien compuesta. A Cristóbal se le ensancha el corazón.)

Criada. (Entrando.) Aquí debe se.

Cristóbal. (Mi madre, qué rosita de Mayo! Esta me arregla el otro ojo.) Aquí es, niña. Pase usté, que ya sé yo lo que busca.

Criada. ¿De veras?

Cristobal. ¿Me busca usté a mí?

Criada. ¡Tiene gracia! ¿Y por qué lo sabe usté?

Cristóbal. (Dándose importancia.) Porque quien como yo ha yorao en er vientre de su madre, lo sabe tó.

Criada. ¿Que usté ha yorao en er vientre de su madre?

Cristóbal. Servidorito.

Criada. ¡Camará, pos si yo soy su madre, me muero der susto!

Cristóbal. (Abrazándola por detrás y sujetándola por los brazos.) ¡Grasiosa!

Criada. ¡Eh! Las manos quietas.

Cristóbal. Eso pido yo. (Acordándose de la bofetada que le han dado.)

Criada. ¡Habráse visto el atrevío!

Cristóbal. Usté y yo, somos dos.

Criada. ¡Notisia! ¿Y qué más?

Cristóbal. Na más; que somos dos.

Criada. ¡Pos ya son cuatro!

Cristóbal. ¡Grasiosa! (Vuelve a abrazarla.)

Criada. ¡Vamos! ¡Que se esté usté quieto! ¡Er demonio del hombre!

Cristóbal. Es que pa estarse quieto ar lao de usté, hase farta sé manco.

Criada. ¡Pos a vé si me pongo yo seria! Con formalidad. ¿Hay flores?

Cristóbal. Niña, preguntá si hay flores en un huerto, es como preguntá si hay santos en una iglesia.

Criada. ¡También yeva usté rasón! Pos yo venía pa vé si me podían haser una corona.

Cristóbal. A usté se le hase aquí tó lo que pida. ¡No fartaba más! ¿Es pa usté la corona?

Criada. Pa mi señorita.

Cristóbal. ¡Pos eche usté pa alante, marnolia. (Vuelve a abrazarla.)

Criada (Dándole un bofetón.) ¡Jinojo!

Cristóbal. ¡Ya está! ¡Si no faya! ¡Ar terser toque ar corrá. Lo malo es que ha sío en er mismo sitio. (Gritando.) ¡Seña Rosa, ahí yeva usté a manos largas!

Criada. ¡Er manos largas lo es usté! ¡Pos vaya!

Cristóbal. Tire usté por ahí tó seguío...

Criada. ¿Tó seguío?...

Cristóbal. Tó seguío.

Criada. (Cantando.) ¡Como los railitos der tren!

Cristóbal. ¡Grasiosa! (Y va a darle otro avance, pero ella le amenaza y él se detiene.) ¡Comprendío!

(Vase la criada por la izquierda. Por el foro entra PAQUILLO el de las flores, con el canasto al brazo y con cara de pocos amigos.)

Paquillo. ¡Salú!

Cristóbal. Dios te guarde, Paquiyo. ¿Qué te pasa? Traes así una cara...

Paquillo. ¡Pos la cara es lo mejó que traigo!

Cristóbal. ¿Qué te pasa?

Paquillo. ¡Que acabo de tené un disgusto con la Trini, que a poco la ahogo.

Cristóbal. ¿Tú?

Paquillo. Por causa der sinvergüensa de tu amo.

Cristóbal. ¿De Pepe?

Paquillo. De Pepe, que con el achaque de enseñarla a tocá la guitarra ha yegao a tocarla en er corasón. ¡No te digo más!

Cristóbal. ¿Y qué?

Paquillo. ¡Que hoy la Trini me ha puesto en la der Rey!

Cristóbal. ¿Es posible?

Paquillo. ¡Pero esto no se quea así! ¡A mí no me conose tu amo! Por los güenas soy un borrego...

Cristóbal. La verdá, Paquiyo, que podías sé otra cosa, después de lo que te ha pasao.

Paquillo. ¡He dicho por las güenas! Pero por las malas... ¿Tú has oído hablá de Nerón?

Cristóbal. ¿Er perro der señó Bautista?

Paquillo. ¡Un tío que se comía un romano pa postre!

Cristóbal. No lo trato.

Paquillo. Pos a mi lao... ¡jarabe de tolú! Mira. (Mete mano al bolsillo del pantalón y saca un revólver.)

Cristóbal. ¿Qué es eso?

Paquillo. (Mostrándole el revólver.) ¡Cargao! Sinco balas tiene. ¡Pos las sinco se las pienso meté en la cabesa ar granuja de Pepe como vuerva a poné más los piés en casa de la Trini! ¡Las sinco!

Cristóbal. Enritao vienes.

Paquillo. ¡Que echo café na más! ¿No andará por ahí?

Cristóbal. ¿Quién?

Paquillo. Pepe.

Cristóbal. No sé desirte.

Paquillo. ¿Y claveles, hay?

Cristóbal. Hay claveles.

Paquillo. Pos despáchame, que tiempo me quea pa arreglá este asunto.

Cristóbal. ¡Paquiyo, eres Don Pedro er Cruél

Paquillo. Argo hay de eso que tú has dicho. ¿Vamos por los claveles?

Cristóbal. ¡Vamos ayá!

(Se encaminan los dos huerto adentro. Por el foro entra AGUSTÍN EL CANTINERO, mira a todos lados y luego se dirige hacia la casa. De ella sale PEPE.)

Pepe. ¡Agustín!

Agustín. ¿No sardrá tu mujé?

Pepe. No sale. ¿Qué hay?

Agustín. ¡Qué eres el amo! ¡Qué has triunfao! ¡Qué la Trini ha reñío con Paquiyo! ¡Que tu carté ha subío a las nubes!

Pepe. ¡Er carté, güeno! Lo malo es que me vaya a pasá a mí lo mismo.

Agustín. A tí, ¿por qué?

Pepe. Porque si er animá der florero me coge, también subo a las nubes.

Agustín. ¿Le tienes miedo?

Pepe. ¡Te diré!

Agustín. Ese no es más que un fanfarrón mu grande, que no arcansa ni a media gofetá. Aquí la cosa es que te has salío con la tuya y que ya tó son flores en tu camino. ¡Anda, chaval, no pierdas tiempo y lárgate que la gachí te espera.

Pepe. ¿Que me espera!

(En este momento, a la puerta del foro, aparece TRINI LA GACHI, con un mantón de crespón negro, liso.)

Agustín. ¡Ahí la tienes!

Pepe. ¡Trini! ¿Cómo has venío?

Trini. Pa darte yo misma la notisia.

Pepe. ¡Vámonos antes de que sarga mi mujé!

Trini. ¿Y qué te importa que sarga, si aquí no has de vorvé más?

Pepe. ¡Trini!

Trini. ¡Así me lo has jurao! ¿O es que te arrepientes ahora?

Pepe. No.

Trini. ¡Pa tí esto se acabó! ¡Conmigo siempre!

Pepe. ¡Contigo! Yo haré lo que tú quieras, lo que tú me mandes. ¡Vamos!

Trini. ¡Así te quiero yo!

Pepe. ¡Chiquiya!

(Se cogen del brazo y se van. Agustín les ve alejarse con alegría.)

Agustín. ¡Adiós, pareja feliz! ¡Y ahora a lo mío!

(Por la izquierda sale PAQUILLO el de las flores seguido de CRISTÓBAL. Agustín se sorprende al verlos.)

Paquillo. ¡Me alegro de encontrarte, Agustín!

Agustín. ¿Eh?

Paquillo. ¡Tú sabrás decirme dónde está Pepe!

Agustín. ¿Yo?

Paquillo. ¡Tú lo sabes!

Agustín. (Después de vacilar un punto.) ¡Sí que lo sé!

Paquillo. ¿Y donde está?

Agustín. ¿Pa qué lo buscas?

Paquillo ¡Pa partirle er corasón!

Agustín. (Cruzando por su pensamiento una mala idea.) ¿Tú? ¡Pa eso hase farta coraje y vergüensa, que tú no tienes!

Paquillo. ¡Agustín!

Agustín. ¡Pa eso hase farta ser un hombre! Por ahí va Pepe; acaba de salí; va con eya: con la mujé que tú quieres y que ya no es tuya porque han podío más sus dineros que tu cariño. ¡Corre y le arcansas! ¡Por ahí va! Pero, ¿qué has de ir? ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Paquillo (Ciego de ira suelta el canasto en el suelo y echa a correr hacia el foro por donde desaparece.) ¿Que no? ¡Que Dios los tenga de su mano!

Agustín. (Dando un suspiro de satisfacción.) ¡Ah! (Corre hacia el foro donde se queda escuchando.)

Cristóbal. ¿Qué ha hecho usté, señor Agustín? ¿Qué ha hecho usté? ¿No ha oído usté que busca a Pepe pa matarlo?

Agustín. ¡Caya! (Dentro suena un disparo y un grito de mujer.)

Cristóbal. (Azoradísimo.) ¡Ay, Dios! ¡Qué ruina! ¡Socorro!... ¡Señá Rosa! ¡Consuelo!...

Agustín. (Avanzando hacia Cristóbal en actitud amenazadora y tapándole la boca violentamente.) ¡Caya! ¡Caya te digo! (Dentro suena otro disparo. Cristóbal, hincado de rodillas, implora compasión de Agustín, que con el brazo en alto le amenaza.)

Cristóbal. ¡Señor Agustín!

Agustín. ¡Caya! (Escuchando.) (No se oye ná. ¿Le habrá matao?...) (Cuadro y telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primer cuadro. Es de noche. Está encendida la luz eléctrica.

—

Al levantarse el telón aparece la taberna llena de gente. A la puerta del foro está asomada DOÑA BRÍGIDA viendo cruzar en pandillas a la alegre multitud; las voces, los pregones de los VENDEDORES ambulantes, los gritos de los TRANSEUNTES, el sonar de los pianillos y de los órganos de feria forman una espantosa algarabía. Es noche de verbena en el barrio. Dentro del establecimiento las mesas están ocupadas por los BEBEDORES. En la de la derecha, primer término, están EL BOTACO y EL RISUEÑOR, un cantador más presumido que un pavo real; cada uno tiene delante varias cañas de manzanilla, que beben en silencio. A la mesa de la izquierda, primer término, discuten acaloradamente PEPE y TRINI LA GACHÍ. En la del centro, primer término, se hallan bebiendo unos chatos LA CANARIA, CONCHITA LA CLAVELES, EL FLEXIBLE y EL SORDO. El Sordo toca la guitarra; es el novio de La Canaria y justificando el mote, no oye una palabra. En la taberna, como en la calle, es grande la animación. MOYATE corre de acá para allá procurando servir a todos.

Música

Vendedor. (Dentro.)
¡Aveyanas y garbansos! ¡Aveyanas!
Otro. ¡A los güenos corrucos de almendra!
Otro. ¡Ar turrón de Jijona! ¡La libra
por una peseta!
Otro. ¡Látigo y pito!
Otro. ¡Los berlingones!
Otro. ¡Los langostinos!
Bebedor. ¡Niño, dame una caña!
Otro. ¡A ver! ¡Un chato!
Moyate. ¡Va enseguía!
Bebedor. ¡Moyate!
¡Pónme un cortao!
Otro. ¡A mí una gaseosa!
Otro. ¡Y a mí Montiya!
Otro. ¡Pa mí traéte dos cañas
de mansaniya!
Moyate. (¡Mardito sea!...
¡No da uno sólo abasto
pa la clientela!)
Transeunte. (Dentro.)
En toito er mundo
no hay mejor feria
que la der barrio
de la Goleta.
El Ruiseñor. (En una salida de malagueñas.)
¡Mare mía!...
El Botaco. (Borracho, cortándole la copla.)
¡Y olé! ¡Grasia!
El Ruiseñor. (Mirando al Botaco con las de Caín y luego, perdonándole la vida, vuelve a cantar por soleares.)
¡En er sementerio entré!...
El Botaco. (Como la vez anterior.)
¡Hay grasia! ¡Hay estilo! ¡Y ole!

El Ruiseñor. (También como antes y apuntando ahora por peteneras.)

¡Me han dicho!...

El Botaco. (Cortando la copla.)

¡Que hay grasia! ¡Bien!

El Ruiseñor. (¡A este tío curda
le voy a sortá,
como se descuide
un par de mascás!)

El Botaco (¡Este cantaorsito
que es de caliá,
tiene más salías
que la Catedrá!)

Trini. No eres tú er que hase un me desía:
¡Chiquiya der arma, por tí yo me muero!
¡Qué prontito se acaba er cariño!
¡Ay, qué poquito dura lo güeno!

Pepe. No yevas rasón; no pienses así.
Yo te quiero lo mismo que er día
que te conosí.

El Flexible. ¡Anda, Canaria,
márcate un tango,
pa ver si todos
nos animamos!

La Canaria. Yo, si mi novio
me lo autorisa,
bailo aunque sea
de coroniya.

Conchita. Sordo, ¿la dejas?

Sordo. ¿Er qué?

Conchita. ¡Bailar!

Sordo. ¡Por mí que baile!

La Canaria. ¡Pos ya está armá!

Todos. ¡Pos ya está armá!

(Se adelanta a la batería La Canaria.)

La Canaria. Er niño que yo camelo,

se risa er pelo
con tenasiyas.
Y er nieto de mi portera
la noche entera
pasa en cucliyas.
¡Carabí, carabí, carabá!
Que si tú no me quieres
tendré que yorá!
¡Carabí, carabí,
qué más da!
Y un pañuelo de seda
tendré que comprá.
¿Lo compro granate?
¿Lo compro asulao?
¿Lo quieres tú verde?
¿Lo quieres morao?
¿Lo quieres usao?...

—

¡Dímelo, niña,
ten confiansa,
mira que tiene
mucha importansia!
¡Dímelo pronto,
dímelo tú,
dímelo, niña,
por tu salú!

—

Coro. Dímelo, niña, etc.

—

La Canaria. Er perro de mi vesina
se está en la esquina
toa la mañana.
Y er gato de la Jesusa
bebe en la arcusa
de Sebastiana.

¡Carabí, etc.,
etc.!

—

Coro. Si se pone a cantá La Canaria,
tus penitas tendrás que orvidá,
porque no hay en tó er mundo una mosa
tan retegrasiosa,
tan retesalá.
¡Arsa!
¡Bien!
¡Viva!
¡Olé!
¡Anda!
¡Ven!
¡Duro! ¡Que sí!
¡Olé!

(Los bebedores se han levantado para ver bailar a La Canaria; entre el Flexible y otros la suben sobre la mesa y allí baila mientras todos cantan el estribillo. Al terminar el número, baja La Canaria del improvisado tablado. Los concurrentes jalean a la muchacha y poco a poco van haciendo mutis hasta dejar sólos en escena a los personajes de la obra. Cesa la música.)

Hablado

El Botaco. ¡Y olé!

Bebedor. ¡Ha estao superió!

Otro. ¡Bendita sea su madre!

Otro. ¡Eso es una mujé y no er pingo que tengo yo en mi casa!

Otro. (A Moyate.) Niño, ¿qué se debe?

(Moyate va cobrando a unos y a otros: luego recoge los servicios.)

Conchita. ¡Bien, chiquiya!

El Flexible. Pero dime, cantando como cantas, que da gusto oirte, ¿por qué te yaman La Canaria?

La Canaria. Voy a explicártelo. Verás. A mí me ya-

maban La Jirguero—¿sabes tú?—pero me enamoré der Sordo, aquí presente, que me oyó de cantá y se prendó de mí... (El Flexible se ríe.) ¿De qué te ríes, animá?

El Flexible. De que me ha hecho grasia lo que has dicho: que er Sordo te oyó de cantá. ¡Ni un cañonaso oye éste!

La Canaria. ¡Ay, qué grasia! Y es sierto. Me oyó de cantá cuando no era sordo todavía er probesito mío.

El Flexible. ¡Ah, ya!

El Sordo. ¿Qué, qué?

La Canaria. No va contigo, presioso. (Al Flexible.) Y desde entonses abandoné la juerga pa consagrarme a mi novio en cuerpo y arma. Y como desde entonses no canto, pos dejaron de yamarme La Jirguero y ahora me yaman tós La Canaria. ¿Está explicao?

El Flexible. ¡Sí que está explicao!

Trini. (A Pepe, con mal modo.) ¡Pos lo quiero yo y basta!

Pepe. (Con ira.) ¡Trini!...

Trini. (Levantándose de pronto y marchándose por la izquierda.) ¡Déjame en paz!

Pepe. (Levantándose también y yendo detrás de ella.) ¡Pero, Trini! ¡Oye! ¡Trini! (Se arrepiente antes de entrar y se va a la puerta de la calle a hablar con doña Brígida.) ¡Mardita sea mi suerte!

La Canaria. Paese que los amantes de Terué andan arborotaos.

Conchita. Como a ér ya se le va acabando er dinero, ya busca la ocasión de reñí cá dos minutos.

La Canaria. ¡Bien empleado se le está a Pepe! ¡Por bruto! No dirá que no se lo arvertimos.

Conchita. Pero los hombres son así.

La Canaria. Ahora que yo, o poco pueo o hago que Pepe vuerva a su casa.

El Flexible. ¿Y qué se sabe de Paquiyo?

La Canaria. Pos que sigue en la cárse. Después de

dispararle a Pepe los dos tiros que, grasias a Dios, no le dieron, lo metieron en chirona y ayí sigue pa *sécula seculorum,* como dirías tú si estuvieras borracho.

El Sordo. ¿Qué, qué?

La Canaria. No es a ti, encanto.

Conchita. Se sabe más.

El Flexible. ¿Sí?

Conchita. Se sabe que La Gachí, sin que Pepe se entere, ha ido dos veses a la carse a vé a Paquiyo y a yevarle dinero.

La Canaria. ¡Ah, sí?

Conchita. Y se sabe más toavía.

El Flexible. ¿Más?

Conchita. Que la Trini le ha untao la mano a un Procuradó y con los cuartos que le ha sacao a Pepe, eya misma ha puesto la fiansa pa que eche a la caye ar florero.

El Flexible. ¿Es posible? ¿Entonses, Pepe?...

La Canaria. ¡Esperando que toquen a banderiyas!

El Sordo. ¿Qué, qué?

La Canaria. Ná, sielo mío.

El Flexible. ¡Chavó! Pa eso cómprate un loro, que es más distraído.

La Canaria. ¡Oye, tú!...

Conchita. ¿Qué, Sordo, nos vamos?

La Canaria. ¿Tenéis juerga?

Conchita. Con unos ingleses de Jeré.

El Sordo. ¿Es ya la hora?

Conchita. Sí, anda.

La Canaria. ¡Mentira me parese haberme quitao de ese aperreo de vía! Bebé sin gana, cantá sin gana, reí sin gana y aguantá señoritos permas hasta que viene er día. ¡Bendita la hora en que conosí a este hombre!

Conchita. ¡Quién pudiera desí lo mismo!

El Flexible. Pos Agustín si quisiera...

Conchita. Pero no quiere. ¡Y no hablarme de Agus-

tín! ¡Más harta me tiene!... Si viene por aquí desirle que yevo dos días sin verlo y que no aguanto más; ¡que no dé lugá a que vaya a buscarlo ar huerto de los rosales!

La Canaria. ¡Caya, chiquiya! ¡Si Pepe te oye!...

Conchita. ¡Que me oiga! Eso era menesté, a vé si se arrancaba una vé por derecho.

La Canaria. Pero, ¿es que tú crees que su mujé?...

Conchita. Mira, Canaria: del agua mansa nos libre Dios... ¡y que no es Agustín hombre que pierda el tiempo!

La Canaria. ¡Qué desatino!

El Ruiseñor. (En una salida de tientos.)

¡Mi cuerpo en la arena!...

El Botaco. ¡Y olé!

El Ruiseñor. (Indignado.) Pero, oiga usté, agüelo: ¿es que no me va a dejá usté rematá una copla? ¡Pos hombre! (Cantando de nuevo.)

¡Dos años de cárse!

El Botaco. (¡Esos son lo que te hasían a ti farta, ladrón!)

El Ruiseñor. (Cantando.)

¡Dos años de cárse!...

El Botaco. ¡Y olé!

El Ruiseñor. (Levantándose airado.) ¡Se acabó! Pa meterse con er Ruiseñó es menesté que usté sepa que hay que tené agayas y que hay que tené corasón, agüelo!

El Botaco. Ya lo sé; siempre se ha dicho que er corasón pa los ruiseñores.

El Ruiseñor. (Amenazándole.) ¡Mardito sea!... ¡No dé usté lugá...!

El Botaco. (Fingiendo espanto.) ¡Uy, qué miedo!

Conchita. (Interviniendo.) ¡Anda, déjalo, Ruiseñó! ¿No ves que está borracho? Vente con nosotros.

El Ruiseñor (A Conchita.) ¡Tú lo sarvas!

El Botaco. ¡Grasias, sarvaora!

Conchita. Hasta mañana.

El Flexible. Hasta mañana.

(Salen por el foro Conchita, El Sordo y El Ruiseñor. El Sordo se lleva la guitarra enfundada, operación que ha hecho durante la escena anterior.)

La Canaria. (Acercándose al Botaco.) ¡También usté es mu provocativo en cuanto se toma dos copas!

El Botaco. ¡Pero, mujé, si lo he estao aguantando toa la noche! ¡Mira si yego a tené una escopeta a mano! ¡Me cargo al ruiseñor!

Doña Brígida. (A Pepe.) Voy a vé si la convenso. (Se marcha por la izquierda.)

Pepe. (Al Flexible.) Oye, Antonio.

El Flexible. ¿Qué pasa?

(La Canaria escucha lo que hablan Pepe y El Flexible.)

Pepe. Esa, que se ha empeñao en que la yeve a la Caleta y no tengo dinero. ¿Por qué no te yegas en casa der Matías y le pides veinte duros pa mí?

El Flexible. ¿Veinte duros?

Pepe. Aunque sea con la garantía der huerto.

El Flexible. Así tendrá que sé, porque si no nos da un chavo.

Pepe. Pos anda. Er caso es tené aquí ese dinero cuanto antes.

El Flexible. Voy ayá. ¿Me esperas?

Pepe. ¿Cómo no? (Vase el Flexible por el foro. Pepe se sienta a la mesa del centro y La Canaria se acerca a él.)

La Canaria. ¡Mar negosio, Pepe, mar negosio! No vale la Gachí los disjustos ni er dinero que te está costando.

Pepe. ¿Qué sabes tú?

La Canaria. ¡Con una mujé como la tuya! Dejarla por este cabayo padre con siete cabargatas y con una boca... ¿Tú te has fijao en la boca? Ar que quiera besarla sin temó a que se lo trague, lo tién que agarrá por los tobiyos.

Pepe. ¡Echa!

La Canaria. ¡A vé si exagero! La juega bien. Eso es aparte. Y se rie bien; nunca la abre tóa. Y a ti te ha engüerto.

Pepe. ¿A mí?

La Canaria. No lo niegues. Te ha líao, te ha amarrao y te ha corgao de un deo como quien se cuerga un kilo de café. Es lista. Y tú, que no eres más que un infelí con la raya ar lao...

Pepe. Grasias, mujé.

La Canaria. Ahora, que como sigas con la Gachí vas a tené que dejá la raya, porque te vas a quedá sin pelo. Es lista, te digo yo que es lista.

Pepe. Paese que le tiras con bala.

La Canaria. ¿A la Gachí? No lo creas. Lo que pasa es que te quiero bien y me duele verte metío en la vía que yevas, que va a ser tu ruina.

Pepe. ¡Cuarquiera que te oyese!...

(Pausa corta.)

La Canaria. ¿Qué notisias tienes de tu casa?

Pepe. Las que er Cantinero me trae.

La Canaria. ¡Pos sí que serán güenas!

Pepe. Mi mujé me odia—y no es pa menos—después de lo que yo le hise. Dejarla así porque sí, sin un disjusto, sin un motivo...

La Canaria. Eso es lo que te dise er Cantinero.

Pepe. Sí.

La Canaria. Pos yo en tu lugá, desengañao de tó, tomaría er caminito de mi casa y le diría a mi mujé: aquí me tienes arrepentío. Perdóname y orvía.

Pepe. ¡Tú no la conoses! ¡Me escupiría a la cara!

La Canaria. Er que por lo visto no conose a nadie, eres tú cuando te fías der Cantinero.

Pepe. ¿Es que acaso Agustín.. ?

La Canaria. Agustín... (Por la izquierda sale TRINI.) Caya. Trini.

Trini. (A Pepe.) ¿Se te pasó ya el enfado, hombre?

Pepe. ¿Se te paso a ti?

(LA CANARIA se sienta a la mesa del Botaco.)

Trini. Haces mi gusto, pero te cuesta trabajo. Hay que repetirte las cosas. No eres como Paquiyo.

Pepe. ¡Mira, Trini, no me mientes a Paquiyo!

Trini. Pos no des tú lugá a que lo recuerde.

Pepe. ¡Paquiyo no ha sío en toa la vía más que un chulo que ha vivío a tu costa! Y en cambio yo, me he arruinao por ti, por dártelo tó, por tenerte como una reina...

Trini. (Con sarcasmo.) ¡Como una reina! Y te pedía que me yevaras esta noche a la Caleta y me desías que no tenías dinero.

Pepe. ¡Y era verdá!

Trini. ¿Y por qué no vendes er huerto?

Pepe. ¡Siempre estás con lo mismo! ¿No te basta con haberme arrancao de ayí, conque haya dejao mi casa por venirme a viví contigo, sino que quieres que venda er huerto pa quitarle a mi mujé er cacho e pan que se yeva a la boca? ¿Por qué le tienes ese odio?

Trini. Porque te quiero más que nadie. (Mirándole fijamente.) ¿Lo dudas?

Pepe. No.

Trini. ¡Porque te quiero más que nadie te ha querío, Pepe!... ¡Más que tu mujer!... (Muy amorosa.) ¡Porque yo no te engaño!

Pepe. (Sorprendido.) ¿Qué quiés desí?

Trini. (De pie, junto a Pepe, y pasándole la mano por el pelo.) ¡Pobresito mío!

Pepe. (En ascuas.) ¡Trini!

Trini. (Con marcada insidia.) ¿Cuánto tiempo hase que no ves ar Cantinero?

Pepe. (Sin comprender.) ¿Ar Cantinero?

Trini. ¿Cuántas veses te ha buscao tu mujé? ¿Cuántas veses ha venío a verte desde que la dejaste?

Pepe. Ninguna; es verdá.

Trini. ¿Qué ha hecho porque vuervas a su lao? (Pepe calla.) ¡Y aún eres tan güeno que no quieres vendé el huerto pa que a eya no le farte que comé? ¡Los hay generosos!

Pepe. ¡Caya, Trini!... Pero, ¿cómo?... ¿Te atreves a sospechar?...

Trini. ¡Sospechá! ¡No digo más que lo que sabe tó er mundo!

Pepe. (Con fiereza.). ¿Que mi mujé...?

Trini. (Aplacando con caricias la furia de Pepe.) Nadie te quiere como yo, Pepe. ¡No lo dudes! ¡Yo sola; yo!

Pepe. (Sin saber lo que dice, obsesionado por una idea fija.) Tú, tú sola. (Animado de un deseo de venganza.) ¡Pero eyos!...

Trini. (Acariciándolo.) ¿Qué puén importarte estando yo a tu lao? ¡Orvídalo! ¡Orvídalo!

El Botaco. (A La Canaria.) Te convido a un cortao, Canaria.

La Canaria. No, muchas grasias. Bebé, no bebo más.

El Botaco. Yo lo pío pa ti, y si tú no te lo bebes me lo beberé yo. ¡Es iguá! ¡Niño, un cortao!

(Moyate lo sirve. Por el foro entran EL FLEXIBLE y MATÍAS. Este es un tipo grueso y mal encarao que se dedica al bonito negocio de la usura. Tiene por cadena de reloj un calabrote y viste traje de lanilla y sombrero ancho.)

El Flexible. ¡Pepe! ¡Pepe! (Pepe se levanta.) Aquí tienes a Matías...

Pepe. ¡Ah!... (Se saludan.)

Matías. Ya me ha dicho éste que necesitas dinero...

Pepe Sí.. Pasen ustés, pasen ustés por aquí.

Matías. Siempre que con er huerto se responda...

Pepe. Ahora hablaremos.

(Entran los tres por la derecha.)

El Botaco. Este cortao me ha dao la puntiya. Doblo antes de un minuto.

Trini. (A Moyate.) Niño, vete preparando pa serrá, que en cuanto sarga Pepe... (Vase por la izquierda. Por la

puerta del foro entran CONSUELO y CRISTOBAL; aquella con mantón y éste de tiros largos.)

La Canaria. (Al ver a Consuelo.) ¡Jesús!

El Botaco. ¿Quién ha estornudao?

Consuelo. (A Cristóbal.) Tú, aguárdame en aqueya esquina.

Cristóbal. ¡Seña Consuelo, que no me atrevo a dejarla a usté sola!

Consuelo. No te apures; comerme no me comerán. ¡Y aún tengo uñas pa defenderme si yega er caso!

Cristóbal. (Fijándose en La Canaria.) (¡Mi madre, qué jazmín!) Es que podía yo, si usté quisiera, quedarme aquí, hablando con esa joven...

Consuelo. No, anda, anda.

Cristóbal. (Sin quitarle los ojos a La Canaria.) (¡Señores, qué mujé pa hincharse!) (Acción de abrazar.) (¡Pos sin abrasarla no me voy!) (Avanza hacia donde está La Canaria.)

Consuelo. ¿Qué hases?

Cristóbal. (Deteniéndose.) (¡Habrá que dejarlo pa luego!) Güeno, mi ama, no le digo a usté na. En caso de apuro no tié usté más que haserme una señá y vengo y me como hasta er niño e la taberna. (Moyate lo mira y Cristóbal le abre la boca como si ya fuera a comérselo.) ¡Aúm!.. (Mirando a La Canaria.) (¡Señores, qué mujé!) (Vase por el foro.)

Consuelo. (A Moyate.) Oye, niño: ¿sabes tú si está ahí dentro un tar Pepe Martínez?

Moyate. Sí, señora.

Consuelo. Pos hazme er favó de desirle que sarga, que lo espera aquí su mujé.

Moyate. (Sorprendido.) ¿Su mujé?

Consuelo. ¡Su legítima mujé! Hazme er favó.

Moyate. ¡Ar momento! (¡Yo se lo aviso a Trini!) (Vase por la izquierda)

La Canaria. (¿Qué irá a pasar?)

Consuelo. ¡Que sarga! ¡Que yo lo vea, que yo le hable, y si después de oirme insiste en quearse aquí, entonses...

Música

Tengo miedo de que no quiera escucharme,
tengo miedo de salir de aquí sin é.
Si por eya no dudó en abandonarme,
pué que aun mande en su cariño esa mujé.
¡Dios no lo quiera...
y si lo quiere,
que yo me muera!

La Canaria. ¡Pobre criatura!
¿Quién no se apiada
de su amargura?

(Por la izquierda sale TRINI, seguida de MOYATE y de DOÑA BRIGIDA. Trini, se dirige a Consuelo, doña Brígida a La Canaria y Moyate al mostrador.)

Trini.
¡Consuelo!

Consuelo. ¡Trini! No es tu persona
lo que yo vengo buscando aquí.
¡No quiero verte, perra, ladrona!
¡Tú eres la causa de mi sufrir!

Trini.
Ya sé, Consuelo, que mi persona
no es lo que vienes buscando aquí.
Salgo a desirte que no perdona
cuentas pasadas esta gachí.
Hase tiempo que a un hombre yo quería
y tú me lo robaste, mardesía.
Hoy te robo yo al hombre que tú quieres.
¡Así suelen vengarse las mujeres!

Consuelo.
Ya, ¿quién se acuerda de lo pasao?

Trini.
Yo no me orvido de Juan Manué.

Consuelo.

¡Mardita sea! ¡Bien te has vengao,
mala mujé!

Trini. (Al ver salir por la derecha a PEPE, seguido del FLEXIBLE y de MATÍAS.)

Ahí tienes a Pepe. ¡A ver si consigues
sacarlo de aquí!

Consuelo. (A Pepe.) ¡Mi Pepe!

Pepe. (Avanzando en actitud violenta hacia ella. El Flexible y Matías lo contienen.)

¡Ah, infame!

Consuelo. ¡Mi Pepe!

Pepe. ¡Te odio!

Consuelo. ¿Por qué no me quieres?

Pepe. ¡Aparta de mí!

¡Vete con el otro, con el que tú quieres!
Mi cariño poco te debe importar.
¡Malhayan los hombres que en malas mujeres
ponen su cariño, ponen su esperansa!

Trini. ¡Anda, déjala!

Consuelo. ¿Qué dise, Dios mío?
¿Qué quiere desí?
¿Qué infame calumnia
lansa contra mí?

El Flexible. ¡Anda, no te enfades!

Trini. ¡Vámonos de aquí!

(Entre Trini, El Flexible y Matías, meten a Pepe por la izquierda.)

Consuelo. ¡Pepe! ¡Pepe! ¡Y no me oye! ¡Y se va con eya! ¡Con eya!... (Rompiendo a llorar y cayendo de bruces sobre una de las mesas.) ¡Dios mío!

La Canaria. ¡Pobre mujé!

Doña Brígida. ¡Qué vida esta!

(La Canaria va a avanzar hacia Consuelo, pero entra por el foro AGUSTIN EL CANTINERO y La Canaria se detiene.)

Agustin ¡Consuelo, Consuelo!

Consuelo. (Levantando la cabeza.) ¡Agustín!

Agustín. ¿Por qué yoras? ¿Has venío en busca de é? ¡Ya te dije que no querría verte!

Consuelo. (Con los ojos brillantes de ira sin lágrimas ya.) ¡Agustín, mañana a la noche te espero en er huerto de los rosales!

Agustín. ¡Consuelo!

Consuelo. (Levantándose.) ¡Está dicho! (Vase por el foro sin dar tiempo a que Agustín se reponga de la sorpresa.)

Agustín. (¡Por fin!)

La Canaria. ¿Cayó la paloma?

Agustín. ¡Ya cayó! (Avanza hacia la puerta de la izquierda.)

La Canaria. (¡Pero no la lograrás mientras viva La Canaria! ¡Granuja!)

(Por el foro aparece CRISTOBAL muy inquieto.)

Cristóbal. (Esta es la mía. Con apagar la luz me ahorro el tortaso.) (Da vuelta a la llave de la luz que estará en el quicio de la puerta del foro, y queda la escena a oscuras. Las mujeres gritan. El Cantinero se detiene. Moyate corre a dar luz de nuevo. Cristóbal, en su nerviosidad, por abrazar a La Canaria abraza a doña Brígida.)

La Canaria. ¡Ay!

Doña Brígida. ¡Ay!

Agustín. ¿Qué es esto?

Moyate. ¿Quién ha apagao la luz? (La enciende.)

Cristóbal. (Apretando de firme.) ¡Mi madre! (Al encontrarse con doña Brígida la rechaza con repugnancia.) ¡Mi agüela! (Todos ríen menos el Botaco que sigue durmiendo sobre la mesa. Cuadro y telón.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

La misma decoración del cuadro segundo. Es de noche y hay luna

---

(Al levantarse el telón aparecen sentados, a la puerta de la casa, CONSUELO, SEÑÁ ROSA y EL BODEGA.)

El Bodega. Me dejan ustés frío. ¿De mó que Pepe?...

Señá Rosa. Sí, señó; ya hase dos meses que levantó er vuelo y se fué a viví con esa pindonga.

El Bodega. ¡Vaya por Dios!

Consuelo. Pero sin que entre nosotros hubiera habío la menó cosita. De la noche a la mañana dejó de vení y hasta hoy.

El Bodega. ¡Es una faenita!

Señá Rosa. Pero, ande usté, que Dios no se quea con ná de nadie y la que tié la curpa de tó yevará su meresío.

El Bodega. ¡Mala mujé es la Trini! No yega a la mía, pero es mala, es mala...

Señá Rosa. ¡No compare usté!

El Bodega. Si no comparo, si con la mía no cabe comparasión, señá Rosa. Mi mujé es de esas que no salen mas que una ca dos o tres siglos, pa bien de la humanidá. Pos si salieran muchas, ¿cree usté que er mundo sería mundo? ¡Cuánto ha que los hombres estaríamos encargaos de barré la cosina!

Seña Rosa. Eso pasa siempre que las mujeres dan con un Juan Lanas que no sabe meterlas en sintura.

El Bodega. No me farta más sino que me insurte usté después de lo que estoy sufriendo.

Señá Rosa. A su mujé de usté, y a la de enfrente, y a la der vesino, con un surrío a tiempo se las hase entrá en rasón.

El Bodega. Por ahí no va usté bien. Ese surrío de que usté habla intenté yo dárselo a la mía ar cuarto día de casaos y me costó un mes de cama.

Señá Rosa. ¿Un mes de cama a usté?

El Bodega. Sí, señora; porque me hiso frente... ¡Me hiso, digo yo! ¡Me deshiso la frente con er plato que me tiró a la cabesa! Desde entonses no he vuerto a arsá er gayo.

Señá Rosa. ¿Lo está usté viendo? ¿Y me lo cuenta usté?

El Bodega. Pero por poco no lo cuento. Si me da más arriba...

(Por el foro entra AGUSTIN EL CANTINERO.)

Agustín. Güenas noches.

Consuelo. (¡Agustín!)

Señá Rosa. (¡Nos cayó el graniso!)

El Bodega. ¿Tú por aquí, Cantinero?

Agustín. Que pasaba y me dije: ví a entrá a saludá a esta familia...

Señá Rosa. Mucho interés se toma usté por nosotros.

Agustín. Más der que usté cree, señá Rosa.

El Bodega. Este verá a Pepe.

Agustín. Tós los días.

El Bodega. ¿Y cómo no le hases comprendé que lo que está hasiendo es criminá, por no yamarlo otra cosa peó?

Agustín. ¡Güeno es Pepe pa que le vayan con consejos! Siego está por esa mujé y ca día se hunde más en er fango.

El Bodega. Siempre habrá quien le empuje.

Agustín. No digo que no, pero si arguien hay yo no lo conozco.

El Bodega. (En voz baja, a la señá Rosa.) ¿Le digo que se mire en un espejo?

Señá Rosa. Yeva usté rasón.

Agustín. ¡Qué hombre! Locuras había hecho hasta ahora, pero como la que intenta hasé, ninguna.

El Bodega. ¿Va a reñí contigo?

Agustín. ¡Señó Juan!

El Bodega. Porque eso no sería una locura.

Señá Rosa. ¿Y qué piensa hasé?

Agustín. Vender er huerto.

Consuelo. ¡Dios mío!

Señá Rosa. ¿Mi huerto?

El Bodega. ¿Este huerto?

Consuelo. Pero, ¿es posible?

Agustín. ¡Este huerto! Anoche se puso al habla con er Matías y hasta creo que tomó dinero a cuenta. ¡Está loco!

Consuelo. ¡Pero eso no lo hará!

Agustín. ¡Lo hará, Consuelo! Se lo ha pedío eya y lo hará.

Consuelo. ¡Señó! ¡Señó! (Y se echa a llorar.)

Señá Rosa. ¡Hija!

El Bodega. ¡Consuelo!

Agustín. ¡Consuelo!

Señá Rosa. ¿Por qué vas a yorá? ¡Que venda er huerto! ¡Que haga lo que quiera! A ti no te fartará que comé mientras tu madre viva.

El Bodega. ¡Pícaras mujeres que así traen la ruina a las casas!

Señá Rosa. Y tó por una vengansa ruín, por un deseo de hasé daño... ¡Vamos, hija! ¡Por Dios!

El Bodega. ¡Consuelo! Ná se adelanta con yorá; ar contrario. Tú debes buscá a tu marío, hablarle claro, hasé que la venda se le caiga de los ojos.

Señá Rosa. Eso, no. Rebajarse, no. ¿Por qué ha de ir a humillarse, si eya no ha fartao?

El Bodega. ¡Señá Rosa, porque ese es er camino!

Consuelo. ¡Ay, madre! Y porque ni aun así me serviría.

Señá Rosa. ¿Qué dises?

Consuelo. ¡Que esto ya no tiene remedio! Que anoche, a espardas de usté, en lugá de ir a casa de las primas, fuí con Cristóba a la taberna de esa mujé a buscá a Pepe.

Señá Rosa. ¿Y le hablaste?

Consuelo. ¡Mejor fuea sío que no le hablara! Se fué sin oirme y me escupió un insurto que aún me quema y me ensiende la cara de vergüensa. Se atrevió... ¡Más vale no desirlo!

Agustín. ¡Dilo! ¿Por qué no? ¡Se atrevió a desí que ésta y yo nos entendíamos!

Señá Rosa. ¡Jesús!

Agustín. ¡Ya ve usté qué infamia!

Señá Rosa. ¡Infamia a la que no hubiea habío lugá si usté en ver de no salí der huerto se hubiera estao en su casa!

Agustín. ¡Señá Rosa!

El Bodega. ¡La fija, amigo! Y te arvierto que en esa creensia está tó er barrio.

Agustín. ¡Pos tó er barrio se engaña!

El Bodega. ¡Ya lo sé! Como te engañas tú, si esperas que argún día er barrio yeve rasón. ¡De eso ni hablá, Agustín

Agustín. ¡Señó Juan!

El Bodega. ¡Ni hablá! Esta mujer es güena, lo ha sío siempre, y ni por despecho ni por vengansa pué hasér ná que luego le esté remordiendo toa la vía. Y ya que tú no has pensao que la honra de una mujé es como un cristalito. que hasta el aire lo empaña, porque halagaba tu vanidá de niño marchoso er que la gente creyera lo que ha creído, y en lugá de matá la murmurasión la has avivao con tu selo de vení aquí tós los días—con güena intensión, no quieo pensá otra cosa—eya no debe orvidá que por ensima de tó está la tranquilidá de la consiensia y Dios que nos mira, y que

hay más honra en perdoná que en que nos perdonen. Y me cayo, porque me voy paresiendo a mi mujé en lo de echá discursos, y a mi mujé no quiero pareserme ni en er modo de andá.

Señá Rosa. Bien hablao.

El Bodega. Y hasta otro día, señá Rosa.

Señá Rosa. No se vaya usté, señó Juan.

El Bodega. Mujé, que yevo aquí dos horas y a lo mejó empiesan a murmurá de usté y de mí.

Señá Rosa. ¡Qué güen humó tiene usté siempre!

El Bodega. Ya, ni eso.

Consuelo. No se vaya usté sin aconsejarnos lo que debemos hasé en este transe.

El Bodega. Por lo pronto no afligirse, que tó se arreglará. Yo buscaré a Pepe. Le hablaré como debo hablarle y ya verás si vuerve ar güen camino.

Consuelo. ¡Si usté lo consiguiera!

El Bodega. ¡Dalo por seguro!

Señá Rosa. Señó Juan, ya que no por mí, por esta hija..

El Bodega. Descuide usté; mañana mismo veré yo a Pepe. ¿Te vienes, Agustín?

Señá Rosa. Ya lo creo que se va. Aquí no tiene ná que hasé.

Agustín. Sí, vamos. (A Consuelo, en voz baja.) ¡Espérame, que vuervo!

Consuelo. No vengas.

Agustín. ¡Espérame!

Consuelo. ¡No vengas, Agustín!

Agustín. (A la señá Rosa.) ¡Güenas noches! (Salen por el foro Agustín y el Bodega. Consuelo queda pensativa.)

Señá Rosa. Bien sabe Dios que no lo echo de menos, porque desde que er sinvergüensa se fué, vivo como en la gloria, pero lo que está hasiendo tu marío lo tiene que purgar er condenao. ¡Bicho! ¡Júas! ¡Aprendiz de hombre! ¡Saco de embustes!

Consuelo. ¡Madre!

Señá Rosa. ¡Vender er huerto! ¡Vender er huerto! Y a la otra sinvergüensa, er día que la encuentre cara a cara le voy a dar pa er pelo, después de arrancarle er moño. Por... ¡por eso mismo! (Entra en la casa.)

Consuelo. Tiene rasón er señó Juan. ¡Qué mal hise con sitar a Agustín! Porque él vendrá, me ha dicho que vendrá y yo...

(Por la izquierda sale CRISTOBAL, en traje de faena.)

Cristóbal. ¡Guá! ¡Guá! ¡Pos sí que es una diversión! ¡Guá! ¡Guá!

Consuelo. ¡Cristóba!

Cristóbal. Mi ama.

Consuelo. Vigila bien, atranca las puertas y que en er huerto no entre ni er viento esta noche—¿lo oyes? ¡ni er viento!—y si arguien pretende entrá... ¡mátalo, Cristóbal! (Vase hacia la casa.)

Cristóbal. ¡Rediez, qué encarguito! Pa mí que el ama está tocá. Desde que el amo se marchó... (En la calle, tras la verja aparece LA CANARIA. Al ruido se vuelve Cristóbal y ladra.) ¡Guá! ¡Guá! ¿Quién va?

La Canaria. (Muy melosa.) Perrito, soy yo.

Cristóbal. (Almibarándose.) (¡Mi madre! ¡La gachí de anoche!)

La Canaria. Abreme la puerta.

Cristóbal. No pueo.

La Canaria. Abremela. Te traigo asúca.

Cristóbal. (¡Na, que me ha tomao por un perro de verdá!)

La Canaria. ¿No te gusta el asúca?

Cristóbal. ¿Es de pilón?

La Canaria. Es de cortadiyo.

Cristóbal. ¡Ay, mira, de cortadiyo dise!

La Canaria. ¿No te gusta el asúca?

Cristóbal. Se me pican los dientes.

(Aparece, de pronto, PEPE, al lado de La Canaria.)

Pepe. (Airadamente.) ¡Abre, Cristóbal!

Cristóbal. (Asustándóse.) (¡Rediez! ¡El amo!)

Pepe. ¡Abre te digo!

Cristóbal. (Temblando descorre el cerrojo.) Va, va.

(Entra PEPE como una tromba y coge a Cristóbal violentamente de la mano. LA CANARIA entra también.)

Pepe. ¡La verdá, Cristóbal, la verdá!

Cristóbal. La verdá ¿qué?

La Canaria. ¡Carma, Pepe!

Pepe. ¡Tú lo sabes tó!

Cristóbal. ¡Que yo no sé na! ¡Que me registren!

Pepe. El ama...

Cristóbal. El ama, güena.

Pepe. Y tú...

Cristóbal. Yo, temblando.

Pepe. ¡Imbécil! ¡Habla, habla o no respondo!...

Cristóbal. (¡El que no responde soy yo!)

Pepe. ¡Habla!

Cristóbal. Si no pueo, si no me deja...

Pepe. ¿Quién no te deja? ¿Eya, ér...?

Cristóbal. Er...

Pepe. ¡Ah! ¿Es él?

Cristóbal. Er mieo, mi amo.

La Canaria. ¡Cármate, Pepe!

Pepe. ¡Quiero saberlo tóo; quién entra aquí, qué hase mi mujé...!

Cristóbal. Aquí no entra nadie, y el ama no hase más que yorá to er día.

Pepe. ¿Yora?

Cristóbal. No para.

La Canaria. Lo que te he dicho es verdá, Pepe. Tu mujé es güena y te quiere; aquí no hay más que un granuja, que es Agustín, que te ha yevao a lo que te ha yevao pa vé si podía conseguí lo que estando tú aquí no hubiera conseguío nunca, pero le ha salío la mosa respondona, porque tu mujé es güena...

(Por el primer término derecha sale AGUSTIN, mirando receloso a todas partes. Un momento antes de que salga, Pepe advierte su presencia y Cristóbal también.)

Pepe. ¿Eh? ¡Silensio' ¿Agustín?

Cristóbal. (Ladrando por la fuerza de la costumbre,) ¡Guá!

Pepe. ¡Caya! (Se repliega con Cristóbal y con La Canaria hacia el fondo del huerto.)

La Canaria. ¡Pepe!

(De la casa sale CONSUELO, a recoger las sillas. Agustín avanza hacia ella.)

Pepe. ¡Caya por Dios! (Al ver salir a su mujer,) ¡Eya! (La Canaria y Cristóbal sujetan a Pepe, que ansía presentarse.)

Agustín. ¡Consuelo!

Consuelo. ¡Ah!

Agustín. No grites. Sarté la tapia pa que nadie me viera.

Consuelo. ¡Agustín! ¿Pa qué has venío? ¡Vete! ¡Vete! ¡No debo oirte! ¡No quiero! ¡No quiero!

Agustín. ¡Paloma, eso se piensa antes; ahora, no! Aquí estoy, vengo por ti y mía tiés que ser!

Consuelo. ¡Nunca!

Agustín. ¡Lo veremos! (La coge de las manos.)

Consuelo. ¡Suerta! ¡Suerta! ¡Que yamo! ¡Madre!

Pepe. (Separándose de los que le sujetan, arrancando violentamente a Agustín del lado de Consuelo y luchando con el.) ¡Ladrón!

Consuelo. ¡Ah! ¡Pepe!

Agustín. ¿Eh? ¿Tú? (Reponiéndose rápidamente y sacando una faca.) ¡Defiéndete, si quieres!

Pepe. ¡Aquí, no! (Vuelven a luchar.)

Consuelo. (Con gritos ahogados por la emoción.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro! ¡Madre!

La Canaria. ¡Guardias! ¡Guardias!

Consuelo. (A Cristóbal, que está muerto de miedo.) ¡Cristóbal, sepáralos tú!

Cristóbal. ¿Que los separe yo? ¡Mi madre! (De pronto

se le ocurre una idea peregrina y avanza y retrocede sobre los contendientes ladrándoles.) ¡Guá! ¡Guá! (Agustín le da un puntapié y Cristóbal se retira hacia el foro dando aullidos como un perro de veras.) ¡Ay! ¡Ay!

Pepe. ¡Caya, Consuelo! (A La Canaria.) ¡Caya tú! (A Agustín.) ¡Ladrón! ¡Canaya! (Se aparta de Agustín, después de haberle quitado la faca.) ¡Ya está! (Parte la faca en dos pedazos y los tira al suelo.) ¡Y ahora, vete; vete, Agustín, si no quieres!... (Consuelo se abraza a su marido.)

Agustín. ¡Te vale que está delante tu mujer!

Pepe. Te vale a ti, que si no fuea por eya...

Agustín. (A La Canaria con despecho.) ¡Has sío tú, mar bicho!

La Canaria. ¡Yo he sío! ¿Qué?

Agustín. ¡Ya me las pagarás!

La Canaria. Espero a que me mandes er resibo.

Agustín. ¡Nos veremos, Pepe!

Pepe. ¡Nos veremos! ¡De buscarte, yo me encargo!

Agustín. (Con desprecio.) ¡Ah! (Y se encamina hacia el foro con aire de perdonavidas, pero Cristóbal, que se ha escondido detrás de la garita, le ladra al pasar. Agustín, sorprendido y asustado, se da de bruces contra la verja y sale corriendo como alma que lleva el diablo.)

Cristóbal. ¡Guá! ¡Guá! ¡Anda y se ha asustao! ¡Si he sío yo! (Dándole puntapiés a Agustín pára ayudarle a salir.) ¡Corre que pierde er pelo!

Pepe. ¡Perdóname, Consuelo, y da al orvido lo pasao!

Consuelo. ¿Quién se acuerda de eso?

Cristóbal. (Por La Canaria.) (¡Pos ahora no se me escapa!) (En un descuido la abraza.) (¡Se lo dí!)

La Canaria. ¡Ay! (Le da una bofetada a Cristóbal.)

Cristóbal. (Por la bofetada.) (¡Me la dió!)

Pepe. ¿Qué ha sío?

Cristóbal. ¡Ha sío soná!

La Canaria. ¡Er mu desvergonsao!...

Consuelo. ¡Pero, Cristóbal!

Pepe. (Abrazando a su mujer.) ¡Consueliyo!

Consuelo. ¡Pepe!

(De la casa sale la SEÑA ROSA, sorprendiéndose al ver junto al matrimonio.)

Seña Rosa. ¿Qué es esto?

Pepe. ¡Señá Rosa!

Seña Rosa. Pero ¿es que ha vuerto er perdío? ¡Ay, várgame Dios! ¡Con lo bien que estábamos sin él ¡Qué poquito dura lo güeno!

Pepe. (A Consuelo.)

¡Por una mala gachí
yegué a orviarme de ti
y a no estar en mis cabales;
pero ya me tiés aquí,
de nuevo seré felí
en er huerto e los rosales!

(Cae el telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

Madrid, Noviembre, 1918.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edicion.)
¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)
Los ídolos, comedia en dos actos. (*)
El pañolón de Manila, sainete en cuatros cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.
Correo de gabinete, entremés. (*)
El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)
Punta de viuda, entremés.
El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)
La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
Primavera de la vida, comedia en un acto.
La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.
Mañanita de San Juan, entremés.
Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.
El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo.»)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

Precio: 1,50 pesetas